

ASKATU

PORTAL NÚMERO SEIS

Antonio Lara Ramos

ASKATU

PORTAL NÚMERO SEIS


ESDR JULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, mayo 2021

© Antonio Lara Ramos, 2021

© Esdrújula Ediciones, 2021

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: Sabela Valín

Maquetación: Soledad Carrillo Alguacil

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 731-2021

ISBN: 978-84-123813-1-3

Impreso en España · Printed in Spain

Para quienes me ayudan a seguir creyendo en la vida,
mis nietos, Ángela, Inés, David, Irene y Alberto.

A Isaías Carrasco, a quien la barbarie y la sinrazón
le truncaron tantas ilusiones.

In memoriam

*Yo seguiré siguiendo,
yo seguiré muriendo,
seré, no sé bien cómo, parte del gran concierto.*

GABRIEL CELAYA

I UN LUGAR DONDE VIVIR

1

Dicen que una noticia puede ser un motivo de alegría o un pájaro de mal agüero. Eso se lo venía escuchando a su madre desde siempre. Quizás ella lo escuchara de la suya, como esas muecas que se heredan de generación en generación: rascarse la oreja antes de desvelar con solemnidad un secreto o guiñar un ojo cuando se está nervioso y no se sabe qué contestar.

La lectura de nuevo de aquella noticia en la pantalla del ordenador ha soliviantado la ardiente desazón que le reconcome desde hace días. Responder con aspereza a los compañeros es una de las consecuencias. ¡Qué culpa tendrán ellos! No le ocurría desde hace mucho tiempo, desde aquellos primeros meses en Mondragón, cuando era un manojo de nervios a cada paso. Hay quien sabe ocultar su malestar interno, a Carlos le resulta complicado.

¡Qué grandes son los ventanales de aquí! Por la acera, una pareja, sin aparente prisa. Ha amanecido una mañana dulce

y serena. En la placidez de sus pasos trata de atrapar un poco del sosiego que advierte en ellos. Incapaz de medir la ingravidez que los mueve, no obstante le reconfortan. Desde que llegó a esta tierra, él también ha aprendido a pasear con esa pausa, antes le resultó imposible. Le gusta que la gente pasee. La gente debería pasear más, aparte de un buen ejercicio, es una excelente manera de liberar tensiones.

Están presentes aquellos paseos por Mondragón, también los de aquí. ¡Qué diferentes!

Las cabezas, que a veces son una olla a presión. Recuerda esta frase que solía pronunciar el encargado cuando se montaba algún lío en la obra. Hoy por la suya le pasan caras y más caras, un sinfín de rostros que parecen haberse dado cita esta mañana: amigos y enemigos, compañeros de trabajo, caras anónimas con las que se cruzó durante años, aquel grupo de jóvenes arremolinados en la puerta de una *herriko taberna*, risas insolentes, viejos que fruncen el ceño, y su vida que ha cambiado, escribiendo nuevos relatos. La cabeza, una olla de presión.

Él hizo todo lo posible por hacer su vida diferente, eso creyó. Ahora entiende que no fue suficiente, tampoco lo adecuado. La vida casi siempre te gobierna a ti mismo, incluso hasta ponerte frente a un ventanal para que el mundo pase delante de ti.

Observa. El padre, sujetando la mano de un pequeño, pelo rubio platino: no más de tres años. Esa pudiera ser su edad. La mujer, unos pasos detrás, empujando un carrito de bebé, probablemente con otro pequeño dentro, dormido quizá, de pocos meses. Desde allí le es difícil saber si realmente dentro habrá

un segundo hijo. ¿Y si la joven mujer empujara un artefacto vacío, solo preparado para acoger al pequeño que anda con su padre cuando se resista a seguir caminando? Ya se sabe, los niños se cansan pronto de caminar, terminan pidiendo brazos a los padres.

Qué fácil resulta construir irrealidades. Qué fantástico es que los padres cuiden y lleven a pasear a sus hijos. Sus padres lo llevaban a él de paseo casi todos los domingos, hasta que se hizo adolescente y ya no quería ir con sus padres. Ellos siguen dando sus paseos dominicales, su hijo los tuvo que dar forzados en estos años de vida independiente. Muchas veces hubiera deseado que lo acompañaran. Sin ellos, parecía sentirse huérfano y solitario. Sin ellos, la soledad se hace más grave y solemne. Echó de menos a sus padres. Eso les debe pasar a todos los hijos.

Carlos aligera con pequeños sorbos la taza de café recién preparado. El gran ventanal, tan amplio que ocupa la mitad de una pared del apartamento, la que mira al jardín y a la calle principal. La luz, que tanto se resistió este invierno, penetra generosa por la inmensidad de su transparencia.

La escena le parece ya tan habitual. Atrás ha quedado su llegada a esta ciudad, siete u ocho meses, y la sorpresa inicial al ver los rasgos nórdicos de los hijos de su casero, Ludvig. Alquiló el apartamento a una pareja: joven, con dos hijos pequeños y esa impronta de modernidad. Él trabaja en una agencia de publicidad, ella en algo confuso que todavía no ha sabido de qué se trata. Los que caminan por la acera, casi idénticos a sus caseros.

Las mañanas boreales son distintas a las que dejó en Mon-dragón. Estas, como si no pertenecieran al mismo planeta. Eso de amanecer tan temprano, cuando allí es todavía noche cerrada, lo desorienta. Cada día, mientras apura minutos en la cama, el sol, tan madrugador, lleva más de dos horas impac-tando el fulgor de sus rayos sobre la ventana. El corto verano que se avecina. Hoy es distinto, no ha tenido que levantarse a las seis y media de la mañana para ser el primero en apare-cer en la oficina antes de las ocho. Hay costumbres que no se pierden.

Es sábado, y ha combatido la luz solar que, insidiosa, lleva colándose en el dormitorio como en días anteriores desde las cuatro y media. Qué distinto a los días oscuros del invierno, cuando llegó. Hoy hasta la nueve metido en la cama. La sema-na, intensa. Como las pasadas. Cuando llega a los viernes no puede tirar de su cuerpo.

No aparta la vista de la acera, como si esta ejerciera un poder magnético sobre su mente, pero es solo un mirar sin mirar. La auténtica mirada la tiene atrapada en las líneas de la noticia que no puede borrar. Lo intenta, hace un esfuer-zo. Menos mal que unos pájaros saltan en la mancha verde que separa el edificio de la acera, y eso le hace distraerse momentáneamente. Pero es la gente, solo le interesa la gente. Y esa oportunidad llega: la gente vuelve a transitar por la acera.

Desde hace una decena de minutos entretiene el tiempo. Ese medidor de acciones que tan importante es a cada pa-so que se da: el despertador que suena, la hora a que sale el autobús, el ajuste de precios que debe estar listo para el

jueves, la reunión que no requiere demora, la llamada a Andrea... Aguarda a que la bonanza de la mañana amortigüe el malestar que le ronda. El jueves leyó la noticia, y esta, como una necesidad apremiante, regresa cada vez que quiere a su pensamiento. ¡Jodido mundo! Carlos trata de reconciliarse con la vida. Menos mal que en un par de horas saldrá para el aeropuerto. Andrea por fin viene.

Solo el titular y unas cuantas líneas entresacadas en la prensa digital. Suficiente. Quizás la soledad con que afrontó la noticia soliviantara recuerdos ingratos. Aunque fuera solo, y más leído apresuradamente, fue bastante para que le siga ronroneando sin descanso en las neuronas. Se enerva al pensar en el ánimo de la familia: viuda, hija mayor, hija menor y el pequeño. Recuerda el día que vio a las dos primeras. Caminaban por la acera de la avenida de Álava (*Araba hiribidea*), Amaya fue quien le dijo: «son ellas, la mujer y la hija mayor». Allí también estaba Julen, tomaban un refresco en la cafetería Urmai.

Los sorbos de café lo van reanimando. El café, que no le gustaba, pero se acostumbró a su sabor en las mañanas difíciles de Mondragón. Allí había quien se tomaba dos, tres y hasta cuatro cafés en la mañana de la máquina instalada en la entrada de la caseta. Al principio le dolía el estómago, lo achacaba al pellizco que la incertidumbre le prendía en la barriga, pero como lo espabilaba, siguió hasta domeñar el ardor y los desarreglos intestinales.

Le gusta su apartamento. Ubicado en una zona tranquila y espaciosa de la ciudad de Oslo, propicia para el paseo y el disfrute, la prefirió a otras zonas que las consideró dotadas de

esa vulgaridad que imprime a las edificaciones no ver más que cemento y asfalto, y edificios repetidos.

Nadie ve su mirada, nadie la aprecia atravesada por el desconcierto. Una chica, melena rubia ondulada como una bandera mecida por el viento, pedalea con elegancia. La bicicleta, que le recuerda a esas que tenían las niñas en su niñez, avanza lentamente, como si arrastrara a los caminantes que aparecen en su ángulo de visión, de repente saturado por gentes de esta ciudad escandinava. Todos ellos parecen seguir los pasos de la joven pareja y su pequeño, ya desaparecidos hace un buen rato. Los nuevos transeúntes pronto se escamotearán tras los árboles de un lateral del jardín. Qué enormes son, enseñorean su nutrida masa de hojas. Qué copas más majestuosas. En Mondragón también los había de este calibre. Y pensar que tan sólo hace unos meses debatía con los compañeros de la obra sobre este nuevo destino, Oslo.

El apartamento está en un noble edificio, o eso le parece. La ventana, tan alta que alcanza el techo —nunca las había visto de este tamaño—, le permite ver el azul blanquecino del cielo, que desde dos días a esta parte exhibe una desacostumbrada ausencia de nubes. Le sorprende la inédita transparencia que reina. Ya le dijeron que aquí cada día sorprende. Solo los fines de semana se le hacen eternos, como el hastío de los primeros meses en Mondragón. Dejaron de serlo cuando apareció Andrea.

Desde que llegara, ella no ha pisado esta tierra. Es él, siempre que puede, el que viaja a España. Le puede más el deseo que las oportunidades, pero no ha dejado un mes sin ir. Hoy, por fin, ella vendrá. Carlos lleva celebrando este momento

toda la semana. Tiene tanto que enseñarle. Le ha contado cómo es la ciudad, la gente, quiere disfrutarla junto a ella. No sabe por dónde empezar: Palacio Real y parque donde se ubica, o la bahía, o el parque Vigeland, acaso el museo vikingo o, tal vez, visita a un fiordo. Lo que sea, seguro que le hará mucha ilusión.

¿Y cómo fue aquello de vivir varios años en Mondragón, siendo un chico que casi no había salido de su casa? Hasta entonces la única experiencia: el año de Erasmus y poco más. Con la carrera de Caminos concluida, echó currículum en varias empresas, y fue a parar a la obra de Mondragón. Inexperto, afrontó este reto, en ocasiones sintiéndose un condenado al que lo hubieran soltado en la jaula de los leones.

Junio, y a punto de concluir. El calendario dice que es verano en el hemisferio norte. Ha pasado su primer invierno y ha visto aparecer la primavera, tan tímida y deudora de la crudeza de su predecesor que ha advertido su incapacidad para mostrarse con el esplendor que él conoce. El camino diario hasta la parada del autobús —el que lo lleva al trabajo—, y las mañanas en que el termómetro se desplomaba varios grados bajo cero, lo transitaba pisando nieve o hielo. Entonces pausaba los pasos, descendía la pendiente enchinada que conecta el Palacio Real con *Karl Johans gate*, y en qué se veía para guardar el equilibrio. No fue una sola vez, podía contarlas con las dos manos, cuando tuvo que enderezar el cuerpo a causa de un resbalón, tan traicionero como insolente.

El frío noruego tampoco fue obstáculo para él, aunque antes jamás hubiera soportado temperaturas tan gélidas, como no lo era para sus caseros o para los trabajadores noruegos

que tenían contratados. Tras dos meses afrontando el invierno, dejó de temer la fiereza glacial de un aire capaz de lanzar multitud de incisivas y gélidas agujas, capaces de atravesar la parte del cuerpo desasistida de protección. Y le extrañaba, al tiempo que le sorprendía, que la vida transcurriera con tanta normalidad entre nieve, hielo e infernales temperaturas bajo cero.

—Todo tan distinto al caos que se produce en España cada vez que cae un poco de nieve —explicaba a su casero.

Y este, entre risas y con escaso pudor:

—¿Cómo es eso que una nevada puede ocasionar tanta alarma social y paralizar la vida pública?

—Como te lo digo: ciudades colapsadas, carreteras cortadas, actividad diaria casi paralizada...

—Aquí todo es diferente: la gente pasea sobre la nieve, conversa en la calle sin huir despavorida, se detiene en un parque a echar de comer a los patos de un estanque helado... Ya lo ves.

El tiempo ahora es agradable. Los noruegos lo recibieron con un júbilo especial, mucho más que como es recibido el verano en el sur de Europa. Saben que es la mejor manera de metabolizar la vitamina D, la que durante parte del año suplen con la ingestión de píldoras. Al caer los primeros rayos de sol, la gente se lanza a buscarlos con avidez. Curiosa estampa ver a muchos jóvenes destapándose, más allá del decoro, para solazar sus cuerpos encima del césped ya liberado de la rigidez helada. La misma gente joven que ahora ve pasear, desde el enorme ventanal, en otro grupo que camina por la acera, con la misma pausa que los anteriores. Este grupo, más numeroso.

Los primeros que vio —la pareja con el niño—, seguro que habrán llegado a su destino. O quizá lleven un itinerario tan largo que aún les quede trecho por recorrer. ¡Quién sabe! A lo mejor iban a una fiesta dominical organizada por una ONG, como las que en alguna ocasión ha visto en un parque, observando ese aire fraternal que rodea a estos actos. O acaso se dirigiera a un concurso de pintura al aire libre. Hace unas semanas se celebró uno en las proximidades del puerto.

No percibe en ellos urgencia alguna. Son jóvenes que rondaran los diecisiete años, o quizás los dieciséis, qué más da, se les ve con la misma calma con la que Carlos apura la taza de café. Estos —piensa entretanto—, seguro que habrán salido a la calle con el único objeto de disfrutar de esta bendición de la naturaleza que ha llegado en forma de sol y luminosidad desde tan temprano.

Carlos vuelve a la mesa.

El ordenador, delante.

2

Abre la tapa del ordenador con la cadencia de un sábado. Quiere leer de nuevo la noticia que los medios publicaron el pasado jueves. Se sienta en una esquina del sofá, el mismo que compró en IKEA para completar el escaso mobiliario que había en el apartamento. El ordenador sobre la mesa rectangular. También la compró en la tienda sueca para mejorar la funcionalidad de este espacio. Estos nórdicos son gente muy

práctica, saben aprovechar bien los espacios y la naturaleza. Conviven con su entorno como pocos.

El País, 26 de junio de 2014, versión digital: «La Audiencia absuelve al etarra juzgado por matar a tiros al ex edil Isaías Carrasco». Después de tres días, sorprendido igualmente. Ase-
sinó a sangre fría a un hombre indefenso que se dirigía a su trabajo. Absuelto. El eco del titular le retumba en la cabeza. Cierra los ojos, bebe el último sorbo de café. No entiende que el tribunal no haya encontrado pruebas para condenar a Beñat Aguinagalde. La razón: queda sin acreditar que fuera el ejecutor de los disparos. Sentencia. Lee un poco más: «Los magistrados consideran insuficientes para sustentar una sentencia condenatoria las declaraciones prestadas por dos testigos protegidos». Se detiene, modula un gesto agrio con los labios. Hace suyas otras palabras. Dos señoras decían haber visto al acusado aquella mañana, una de ellas lo había reconocido en una fotografía un año después de los hechos, y dijo que vio en un portal al sospechoso en actitud de espera. Después, al poco rato, se cruzó con Isaías Carrasco, antes de escuchar los disparos que lo mataron y los gritos de su hija, que corría hacia el lugar del crimen. Duras palabras. Las lee. Carlos se sobresalta. Es como si a su mente llegara el calor de los proyectiles que se alojaron en el cuerpo de Isaías.

El dedo índice, nervioso e inseguro, aprieta la rueda del ratón inalámbrico. ¡Vaya mierda! Quería deslizarlo, ha perdido la continuación del texto. Se esfuma la línea por la que iba leyendo. Molesto con su torpeza. ¡Maldita contrariedad que le hace perder el control de las terminaciones nerviosas! Menos mal, el dedo vuelve a responder, acciona la rueda,

sube la imagen por la pantalla, reconoce las últimas palabras leídas, identificadas: «... vio luego correr al chico que antes había avistado». El asesino corre, cometida su fechoría. Empeña la huida, como lo haría un niño que ha consumado su travesura. Pero hay niños que se quedan inmóviles, con cara asustada, sintiendo la culpabilidad del estropicio ocasionado. Pudiera ser el caso en que vuelca una jarra de agua sobre la mesa repleta de platos y vasos, de esas veces que se mojan las servilletas de papel, el pedazo de pan que acompaña al plato y varias cosas más, y enfrente, la mirada enojada del padre. En este caso, no, el asesino huyó, la testigo lo vio correr, y eso parece que no cuenta. Se escabulló tan rápido, que quizá pasó tan cerca de cualquier otra señora y ni siquiera esta reparó en él, a pesar de ir dejando un reguero de ira acumulada, de esa que es capaz de impulsar la retracción del dedo que aprieta el gatillo para descerrajar varios tiros. La testigo que ha declarado dice que lo vio, y lo reconoce.

El sol brilla fuera. Carlos sigue leyendo. Y esa carrera que emprendió el asesino, ¿por cobardía?, le hizo topar con otra testigo, la que dijo ver a una persona disparar contra Isaías, pero que no lo identificaba con el acusado. Sobre la pantalla del ordenador no se cierne más que pesadumbre. Y es con todo esto que la sentencia considera que el reconocimiento fotográfico no puede entenderse como una prueba de cargo, que solo es un elemento dentro de la investigación. Poco crédito al testimonio de estas dos testigos, la suerte se ha aliado con el asesino. Déficit probatorio, eso dice. Suficiente para la absolución por el tribunal. No vale solo con que unos testigos identifiquen unos rasgos físicos tan superficiales.

¿Cómo será eso de tener que identificar a alguien, de tener la certeza de quién pueda ser o no un asesino? Carlos, a lo mejor, tampoco estaría seguro si lo hubiera visto de refilón. Si al menos hubieran visto un rasgo distintivo: un brazo amputado, como el manco de *El Fugitivo*, o una cojera, o los pies zambos..., pero claro, el que comete estas cosas tiene que ser alguien joven y con agilidad para salir corriendo y que no lo pillen tan fácil. Es difícil fijarse en el color de los ojos, o si tiene una lunar bajo la oreja, o si tiene alguna cicatriz en un dedo o en la mano, o si es zurdo o diestro, o cual es el tamaño de sus orejas. Ocurrió todo tan rápido.

Coge el móvil. Mueve el dedo índice sobre la pantalla. Escribe:

—¿Te has enterado?

Pasará un rato antes de recibir respuesta. Al fin, un sonido que se asemeja al silbido de un pájaro. Es su padre por whatsapp.

—Ya lo vi en el periódico.

—¿No te parece un disparate? —escribe Carlos.

—La Justicia tiene esas cosas. De vez en cuando nos sorprende.

—Sí, pero eso de que las pruebas son insuficientes... ¡Si lo vieron!

—Demasiadas rutinas también en los juzgados. Y esto de interpretar las leyes se hace con demasiada ligereza.

Las palabras de su padre ahondan el desánimo. La opinión de Pablo es para Carlos un aserto que siempre suele tener muy en cuenta.

—Dentro de poco iré a recoger a Andrea al aeropuerto. Llegará sobre las cinco.

—Me alegro de que pase unos días contigo en Oslo.

Carlos se levanta, rodea la mesa, deja la taza en el fregadero. Necesita ponerse de pie antes de que el café le sienta mal. Vuelve al ventanal. Mira la acera en busca de no sabe qué. Nadie pasa ahora. Trata de recordar los rasgos fisonómicos del hombre que llevaba a su hijo de la mano. Su mente se vuelve analítica: ¿será su hijo?, porque él podría ser el hermano de la mujer, y tan solo llevar a su sobrino de la mano. Quién sabe. O ella ser una mujer separada, y él su amante, y no el padre del niño. Sí, recuerda que era alto, de pelo rubio... Por eso quizá lo asoció como el padre. También delgado, con andares algo desgarrados. ¿Y gafas? Imposible que ahora tenga la certeza de que las tuviera. Podrían ser de montura al aire y haber pasado desapercibidas a su atención. ¿Del color de sus ojos?, imposible a esta distancia. ¡Qué difícil es reconocer mentalmente a alguien después de haberlo visto fugazmente! De la chica que pasó en bicicleta, menos. Solo su melena rubia, y cuerpo muy estilizado. Tal vez fuese esto lo que pudo pasarle a aquellas dos testigos. ¡Pero se trataba de un asesino que se escapó!

Siempre había estado muy unido a su padre. Desde que él recuerda, lo acompañaba a muchos sitios. Ni siquiera en la adolescencia, cuando la figura del padre se desmorona a los jóvenes, perdió esa confianza en él. Hablaban de política, de economía, de trabajo, de fútbol. Si algo no le iba bien o necesitaba un consejo, el mejor mentor, su padre. Esta mañana de

sábado esperó su respuesta a esta noticia que le ha soliviantado el ánimo desde el jueves.

Esperará un poco más, las doce es buena hora para salir al encuentro de Andrea. El aeropuerto de Moss-Rygge está a poco más de media hora de autobús. Son ya casi dos meses sin verla. Arde en deseos de acariciar tanta vida como le proporciona. Cogerá el autobús en la Estación Central, situada un poco más allá del final de *Karl Johans gate*. Piensa: haré el camino a pie. Disfrutará de la placidez de la mañana como los viandantes de la acera. Hoy no necesitará apresurar el paso como hace cada día para llegar al autobús que lo conduce a la oficina del puerto. Un paseo, eso, pero tomará algo antes de llegar a la estación.

En este tiempo que lleva en Oslo ha querido pasar página de muchas de las cosas ocurridas en Mondragón, pero es imposible. Las visitas a Andrea lo mantienen conectado a esta localidad. En este remanso de sosiego noruego los ecos persisten. ¿Es acaso el lazo tejido en su relación con Andrea?, tal vez, pero también porque en Mondragón había dejado otras añoranzas: voces intermitentes que llegan en mensajes del grupo de whatsapp. Y más voces que resuenan, como salidas de una cavidad profunda, desafiando al frío de su primer invierno noruego, ronroneando desesperanza. Como los miedos de las primeras semanas de la llegada a Mondragón, o las reservas a codearse con la gente, o los golpes de las noches en casa de la señora Mayca, que no sabe aún a qué obedecían.

Tantos ruidos, tanta furia, tantos miedos, esas tensiones infinitas. Estruendos que rebotan aún en las paredes de su cráneo.

Y es que en Mondragón el ruido se llenaba de silencio. Sonidos extraños, que ni siquiera las más sólidas paredes podían frenar. A veces silencios en apariencia pacíficos, lo decían todo, mucho más que si se hubieran llenado de palabras y murmullos. Los mutismos del ruido, así los llamaba, incansables, sin cesar, golpes secos, detonaciones que a cualquiera que le preguntaras casi nadie había escuchado, y a veces efímeros sobresaltos causantes de un primer revuelo, para quedar luego apagados, ocultados bajo la insonoridad del recelo. Aquí, por el contrario, nada se escucha. Los vecinos noruegos son silenciosos, de un silencio sin amenazas, ausente de desasosiego. La vivienda es antigua, de gruesas paredes, es como si el ruido se esfumara por el generoso espacio que la conforma, o fuera incapaz de penetrar en una edificación construida para combatir el frío.

¿Y seguir alimentado aquella zozobra compensa? Claro que no, es mejor refugiarse en esos momentos agradables, que también los hubo. Sin embargo, esta noticia que ha escupido la pantalla del ordenador ha reverdecido lo que quería olvidar: la angustia de creerse vigilado y en peligro de caer en las redes de la violencia, al igual que el rostro invadido de cinismo del jefe de obra. Cuántas veces hubiera deseado estamparlo contra el armario metálico del despacho. Tanta impertinencia, tanta desconsideración, propasando todos los límites del respeto y la consideración. Y aquellas acusaciones que profirió, que tal y como las espetaba cercenaban su ánimo y lo sumían en una horrenda debilidad. ¡Vaya tipo mezquino!

Varios meses desde que llegara a Noruega, y sin embar- go los vínculos con aquella localidad vasca seguían firmes.

Andrea lo cataliza todo. Sigue trabajando en el hospital y, aunque la obra del AVE se terminó, los viajes para verla lo han llevado hasta allí en varias ocasiones. Por eso, todo lo que ha representado esta población para él en los últimos años no pasa al vago recuerdo. Tal vez algún día se diluya, pero aún quedan amigos y compañeros, y retazos de vivencias que se reaniman en cada visita. Es pronto quizá, pero con el tiempo todo pasará a ser parte del olvido.

Habla a diario con Andrea por *Face Time*. El tema principal de conversación: ellos, lo lejos que están uno de otro, la preocupación de ella por su madre, el viejo Arriola, y también de cuándo será la próxima vez que vuelvan a verse, o cuándo llegará ese traslado de hospital. Y hace varias noches: la señora Mayca. Las turbaciones se le entremezclan: pesa lo leído en el ordenador, y pesa la noticia que Andrea le trasladó por encargo de Arriola. Sigue frente al ventanal. Fija la mirada en aquel banco de blanco inmaculado que hay en un lateral del jardín. Allí se sentó la otra tarde en que salió algo más temprano de la oficina, abatido por la noticia que acababa de leer a vuela pluma. En ese banco hablará por teléfono un buen rato con su padre, trasladándole el malestar que le corroe. Demasiada inquina tragada. Al levantarse, no pudo evitar que proyectara en el recuerdo la imagen de él mismo, cuando en otro banco del modesto parque junto al río Aramaio aguardaba la hora de la cita con la señora Mayca. Siente mucho lo que le está pasando. Pobre señora. Aguardó aquella tarde a que llegara el momento de la cita, iba para su casa a ver el apartamento que finalmente alquiló. Las agujas de la memoria que siempre provocan un repentino vacío.

No debe entretenerse más, si no quiere que se la haga tarde para recoger a Andrea. Es consciente de lo parsimonioso que es, bastantes veces se lo ha recordado ella. Se abrocha el abotonado de la camisa con la pausa que siempre le ha caracterizado. Hoy, redoblada. Inmerso en la nada de tanta explicación para que luego una sentencia diga que no ha quedado resuelto el déficit probatorio por falta de alguna prueba más, o que los rasgos físicos tan superficiales del asesino, descritos por las mujeres, no sean suficientes para avalar un castigo.

Postreros ajustes del jersey. Hace sol, sin embargo el aire solivianta, se le escapa algún que otro estremecimiento.

3

Allí se ve sentado, en un banco del diminuto parque de Mondragón junto al río Aramaio, extrañamente pequeño, acostumbrado como está ahora a la inmensidad del que recorre cada mañana para ir a la oficina del puerto de Oslo, plagado de gigantescos árboles, de grandes estanques, donde anidan familias de patos, y de inmensos parterres colmados de gran variedad de plantas. Aquel joven que recuerda no se parece a él, y sin embargo no puede escapar de su memoria, está atrapado en ella. Se ve diferente al que ahora trabaja en esta ciudad noruega; entonces, inexperto, debatiéndose en los avatares de la vida. Era una tarde cercana al otoño, de unos años atrás, cuando llegó a ese lugar, amasaba tiempo para encontrarse con aquella señora. La cita: ver el apartamento

que pensaba alquilar. Su dueña: una tal Mayca Montesinos, como rezaba el nombre de contacto que ponía el anuncio del apartamento

¿Y todo esto?, por la noticia que le hizo llegar Andrea por *Face Time*. El estado de salud de la señora Mayca, muy preocupante. Dos meses atrás, en uno de sus viajes a Mondragón, Arriola le había hablado de su delicado estado de salud. Y Carlos:

—Bueno, como otras veces.

—Como otras veces, no, Carlos. Esta vez como que tiene algo peor. Está muy perjudicada.

—Pobre señora Mayca. A veces siento que nos distanciáramos tanto.

Y sigue viéndose en aquel banco, como un pasmarote, atiborrado de sentimientos contrapuestos, transmitiendo la imagen de tipo solitario, amarrado allí como si no tuviera otro sitio donde estar. Ajeno a todo, sin haber conectado todavía con la tierra ni con la gente. Y con tanta distancia de tiempo, ahora se veía ridículo en ese trance de espera obligada, tras haber tomado una decisión. Cuánto tiempo por aquella tierra, ¿dos, tres, cuatro meses?, y todavía no sabía qué era lo que le convenía: si había llegado el momento de cambiar de residencia o, por el contrario, seguir en aquel hotel.

Y todo aquello le pesaba. La figura triste, solitaria, inclinando el torso como si le pesara la cabeza, y esos codos apoyados en las piernas, mientras sostenía algo entre las manos donde fija la vista, con la misma atención que si buscara la clave para desvelar un misterio. Hasta el punto de que cuando habían pasado a su lado por segunda vez —la primera ni se había

dado cuenta— por fin reparó en ellos. Y al mirarlos: una pareja joven, distinta. Hay parejas que atraen la atención por su singularidad: él muy alto, ella de estatura baja, o viceversa; uno de ellos orondo, el otro delgado. Entonces pensó; solo un despiste momentáneo, el ensimismamiento con el objeto es la causa. Y ahora dice no, la indolencia de quien se encontraba desalentado, lejos de que algo a su alrededor le llamara la atención, era eso lo que le pasaba. Porque lo que sentía no era más que un vago sentimiento de soledad, el que padecía cada tarde desde que llegara a Mondragón, a finales de mayo.

Aquella tarde había bajado temprano de la obra. No más de las cinco. Estaba decidido a cambiar el hotel por algo más parecido a un hogar. El aire, agreste, huidizo, como la soledad que lo perseguía. Nunca había tenido semejante sentimiento de angustia, desbordada hasta rozar con despreciada estupidez cualquier ánimo maltrecho. Por eso ahora, cuando pasan aquellos fotogramas por su mente, y se ve allí, tan extraño en aquel parque, combatiendo el hastío, siente zozobra.

No es el mejor momento para andar sumido en los recuerdos. Esta mañana de sábado, inhiesto ante el ventanal, amasando aquel tiempo, siente que se han precipitado muchas cosas con la noticia de la absolución del asesino que había acabado con la vida de Isaías Carrasco. Y la pobre señora Mayca en ese estado de salud tan delicado.

Aterrizó en Oslo, como lo hizo en Mondragón, acompañando nada más que de su soledad. Aún así, ¡qué momentos tan diferentes! Mondragón, encajonado en un valle, inspirando angostura, horizonte tapiado por manchas verdes, con un paisaje tan distinto al de su tierra y luego ese halo de silencio y

prejuicios, persistiendo en el tiempo, bajo una losa de qué me puede pasar aquí, probablemente la misma que tendrían todos, o casi todos, los que visitaran esta tierra venidos de otros puntos de España. ¿Será a mí solo? Cuando ya habló, cuando encontró la confianza suficiente, apreció que no era el único.

A veces la mente nos juega una mala pasada y los recuerdos se hacen imprecisos, pero en este instante no es lo que le ocurre. Nuevamente aposentado frente al ventanal, la mirada fija en la alfombra verde que tupe el anchuroso jardín, le invaden el presente, son los turbios días de Mondragón. Combate con ellos. Está en *Oscars gate*, este apartamento le gusta bastante, y el edificio otro tanto: clásico, de prestancia singular, rodeado por el extenso jardín, con una cancela de acceso tan endeble como si no quisiera servir de impedimento a quien pretendiera franquearla; al contrario, se le advierte una cierta vocación de servicio hacia la nobleza de la zona que la rodea. En Mondragón, al llegar, ahogado en inexperiencia y desconfiando de todo lo que encontraba a su paso. Se fue apremiado hacia el hotel que tenía reservado.

Compara ambos momentos, se definen en sus ojos miradas distintas. Allí y aquí es un recién llegado, pero intuye que no es el mismo ni las circunstancias tampoco. Sobre cada momento había caído una nebulosa de inquietudes, pero reconoce que, aun experimentadas por la misma persona, el que llegó a Oslo es alguien muy distinto al joven que apareció una tarde de mayo en Mondragón. ¿Cómo puede ser? Nunca volvemos a ser los mismos, y si la vida nos ha vapuleado, menos. Por eso, aquel chico sentado el pequeño parque junto al río Aramaio, donde ha llegado hará un buen rato, y donde todavía tendrá

que esperar otro tanto, no es el mismo que mira desde el ventanal.

Cambia de postura varias veces. El banco es bastante incómodo. Piernas cruzadas, una sobre otra. Espalda apoyada sobre el respaldo, con el codo derecho coronando el filo. Simula mirar al edificio que tiene enfrente. No simula, lo mira de verdad. Debe ser un colegio, o tal vez un instituto, nunca se ha parado a averiguarlo. Tampoco es algo que le interese especialmente. Sale tan temprano por la mañana de la habitación del hotel, y regresa tan a deshoras, que es como si se sintiera un zorro solitario que retorna a la guarida después de deambular en las horas de penumbra, en un merodeo aprendido a fuerza de peregrinar por los mismos parajes. A él le suele ocurrir lo mismo.

El camino que recorre cada día, convertido en rutina que aún no desprecia, no busca una pieza de caza que alivie la privación, como le pasa al zorro, es en su caso un intento de aliviar la pesadumbre de la soledad. Cualquiera hubiera imaginado que siquiera un par de horas antes había en ese edificio un hormigueo de jóvenes corriendo hacia la puerta de salida, acaparando el aire, los pasillos, las escaleras y la misma acera, para regresar a su casa después de una jornada de clase. Eso es lo mismo que diez años atrás, cuando él salía a toda prisa por la suntuosa puerta de su instituto. Pero a él le cuesta imaginárselo, son rutinas de otro tiempo. Ni siquiera intuye que han pasado varias semanas desde que comenzara el nuevo curso escolar para esos alumnos.

Más que la indolencia de quien se encuentra atrapado en el desaliento, es el ensimismamiento volcado en el nuevo

móvil que le ha entregado la empresa lo que le impide imaginar la escena escolar, como tampoco advertir el paso de la pareja de jóvenes que casi rozan la punta de su zapato. Solo, cuando se le cruzan delante por segunda vez, se fija bien en que se trata de una chica no muy alta, algo gordita, mientras él, no es más que un espigado larguirucho. Desentonan, si no fuera porque les une una indumentaria que nunca ha sido de su gusto: ancha, holgada, ligera, muy vistosa por lo estrafalaria y de colores variados pero apagados, y algo descuidada. Le recuerda a la que le gusta enfundarse a Nuria. Aunque menor que él, la echa mucho de menos. En la chica ha visto un pañuelo atado a la cintura, igual o parecido al que tantas veces ha visto en su hermana, ese que usa a modo de cinturón, aunque diga de que se trata de un mero adorno. No tiene más hermanos. La añora, vaya que si la añora. Sonríe en secreto, disimulando, su recuerdo es una vaharada de ánimo. Sabe que hace tiempo que dejó de ser esa niña que lo seguía a todas partes. Hablan a menudo, Carlos llama casi todas las noches a casa. Aún les unen las suficientes confianzas para que él le cuente las acechanzas que lo persiguen en Mondragón.

Ve subir a la joven pareja por las empinadas escaleras del lateral del parque. Cada peldaño los aleja un poco más de su vista, hasta auparlos al paseo de Arrasate que delimita por este lado el parque. Sabe que aquí todo es subir y bajar, que el valle no tiene más vocación que el horizonte montañoso que lo circunda. Hasta Mondragón se descende, por el desvío que abandona la A-1 tras el peaje, hasta un punto donde parece que el aire se ahoga. Le aconsejaron que se fuera a vivir a otro

lugar, a Vitoria, por ejemplo, pero después de pensarlo no lo creyó necesario.

En este banco se siente invisible, no atrae la mirada de nadie. Nunca ha despertado una especial atracción que desviara las miradas de los demás, eso cree. Con el grupo de amigos, pocas veces tomaba la iniciativa o proponía un plan, lo que planteaban los otros le parecía bien. No es que no se le ocurriera nada, es que no se molestaba en decirlo. ¿Por qué se iban a fijar en él aquí en Mondragón? Por eso, cuando llegó, a pesar de sus recelos, no hizo caso de los comentarios que despertaban fantasmas y temores. «Vete a vivir a Vitoria, aquí en Mondragón puedes suscitar un interés equivocado». Y él: quién va a fijarse en mí, seguro que paso desapercibido. No reparaba en que era el ingeniero de una obra detestada por mucha gente. Luis, el dicharachero administrativo de la empresa, que se metía en cualquier asunto que cruzara ante sus narices por muy doméstico que fuera, abrió los ojos: ¿te parece poco? La respuesta la escondió Carlos tras el silencio y una estúpida y angosta sonrisa que esbozó desde la incredulidad: me hospedaré donde me dé la gana. ¡Qué pintaba él en Vitoria!

En este banco está forjando la espera para su cita con la señora Mayca. Sigue inerte, casi vencido por el hastío, despreciando el tiempo que pasa lentamente. Este banco del parque lo conoce, se ha sentado otras veces, casi siempre en sábado o domingo. También entonces dejaba pasar el tiempo impunemente, con la misma actitud: desganado, huidizo, sumergido en una atmósfera silente, incapaz de ser interrumpida por voces peregrinas o rodadas silenciosas de coches que pasaran por la avenida, al otro lado del río. Los ladridos de un perro

son ahora el único fenómeno que interrumpe la monotonía de esta espera. Escucha cómo corre sobre el césped, el sonido que zigzaguea en el aire y cómo se arrastra por la hierba verde y húmeda, como si se deslizara jubiloso celebrando algo.

La hora de la cita se aproxima. Lleva sentado unos cincuenta minutos, aunque no se haya molestado en contarlos. El animal vuelve a ladrar, ajeno a cualquier discreción, escandalizando el aire. Persigue con reiterada agitación un trozo de palo que un chico amaga con lanzarle bien lejos. La impaciencia del animal le hace revolverse sobre sí mismo, girando y girando una y otra vez, babeando la lengua como si quisiera desprenderse de su largo hocico. Carlos siente el ligero escalofrío del otoño que se ha estrenado hace dos semanas.

Nada teme, no le asustan los perros. Cada día, cuando llama a casa, pregunta por Botines. Está tan mayor. Ya no corre con el mismo brío, ni se presenta raudo en la puerta cuando suena el timbre. Nuria le da un parte veterinario en cada llamada. Este que se revuelve cerca de él, no sabrá su nombre y lo desconocerá siempre, ladra agitado a unos metros. Está a punto de refregarle la cola en la cara en el momento que se ha vuelto para escudriñar el ruido imprevisto y jadeante escuchado a su espalda. A Botines lo dejó, el día que salió de casa para Mondragón, tan débil y con una mirada abrumada por la melancolía que ha estado temiendo que le llegara la noticia anunciando su muerte.

Hoy ha bajado antes de lo acostumbrado de la obra. Ya no aguanta más en ese hotel donde se está hospedando desde que llegó. Se le hacen los días eternos, pareciera que siempre están sombríos. La apacible espera en el parque se va tornando en

deseo impaciente. El olor de la tarde le llena el olfato. Está deseoso de que llegue el momento de la cita. Mira el reloj, ve que el tiempo se ha paralizado. No se percata de que no hace más que mirar la esfera del reloj a cada rato. Y así, en el último cuarto de hora, desde que los ladridos del perro han monopolizado el aire, se le hace imposible abstraerse a la inconsciencia de percibir el paso del tiempo. Ya quisiera que marcara la hora acordada con la señora que le va a ofrecer un apartamento en alquiler. No quiere defraudarla con un desconsiderado retraso. Según le había dicho, luego tenía que ir de compras.

Hospedado en el hotel, siente la incomodidad del transeúnte, esa sensación de provisionalidad indolente a la que terminas acostumbrándote. Solo serían dos o tres días, a lo sumo una semana, y va para cinco meses. El espacio de la habitación se le hace igual de extraño cada día, incluso no ha terminado de deshacer el equipaje, como si aguardara salir de allí de un momento a otro.

—¡Qué poca ropa te llevas! —le insinuó Nuria, curiosa, la tarde que preparaba la maleta.

—Bastante me parece.

—¿Y esos libros?

—Nunca se sabe —le respondió, mientras los iba introduciendo con artesana pericia en una mochila.

El viaje sería largo, prefería ir ligero de equipaje. En el hotel, las camisas las ha colgado en perchas, los pantalones también, pero los jerséis siguen en la maleta y alguno colocado sobre una mesa que sugiere cumplir la función de escritorio.

—¿No tienes miedo?

—Miedo, ¿de qué?

—Sí, sí... miedo al sitio dónde vas. Papá lleva varios días contando tantas cosas de allí.

Podría haberle contestado: ¿miedo del sitio adónde voy?, ninguno, en vez de la sonrisa complaciente y aduladora que le lanzó a Nuria, quizás para mitigar la ingenuidad que advirtió en su boca.

4

Cuando llegó a Mondragón, el cielo lo recibió brumoso, ajeno a cualquier intención de agradar al visitante, tan receloso como si extrañara aquella falsa impostura de joven desafortunado y huraño. O eso, al menos, es lo que Carlos intuyó en la tristeza que envolvía a los edificios de aspecto deshabitado, calados por una fina lluvia que pretendía pasar inadvertida. Era como si este recibimiento estuviese preparado solo para él, como si fuera el destinatario de la opacidad que advertía en las miradas y que solo contara su débil resistencia a la angustia por viajar a un lugar tan extrañado, productor de tanto recelo, adulator de espíritus bellacos, casi fantasmagórico.

Desde niño y adolescente había escuchado, como tantos otros extraños a aquella tierra, palabras, muchas palabras. Diferentes de las que escuchaban los niños y jóvenes de aquí. Los oídos de todos, moldeados por una insistencia de voces incansables a un lado y a otro. Para unos, vocablos que hablaban de vascos asesinos, de vascos etarras, de vascos canallas. ¿Acaso todos eran asesinos y etarras? Las vísceras no hacían distinciones. Para los de aquí: liberación, *gora Euskadi askatuta*, puta España. Vísceras, al fin y al cabo.

Tránsito por calles, y miedo macerado en hilos de suposiciones, de millares de comentarios que le acompañaban desde la niñez: infaustos, desentendidos, viscerales, como si quisieran romperle el alma en ese instante a cualquiera de los que provocaban tanto horror y repugnancia. Y sin embargo era la oportunidad que había estado esperando después de terminar el proyecto fin de carrera de los estudios de ingeniería de Caminos. A pie de obra era mejor que calentar una silla delante de un ordenador, introduciendo multitud de datos en una oficina técnica. No iba con él. Fuera ese papel de burócrata, aunque no hasta el extremo de que los datos cumplimentados en un currículum lo enviaran hasta este lugar. Ilusión no le faltaba, aunque maldito recelo.

Mayo, y la tarde caída en noche. Preguntó a un señor trajeado, al que acompañaba una mujer gorda, hipnotizada por el perrito que los acompañaba —como podía haber preguntado a aquel joven que arrastraba los pantalones o a una pareja que empujaba el carrito de bebé—. Buscaba el hotel donde había reservado habitación. No le fue difícil llegar hasta él. La primera impresión: detestar aquel mísero espacio, que ni siquiera hacía intención de agradar al huésped. Ausente de cualquier lujo, se mostraba austero y hosco.

Y llegó así: nadie lo conocía, ni él encontraba una cara familiar. A veces ocurre, en lugares donde nunca hemos estado, que nos cruzamos con gente que casi reconocemos: esta cara me suena, me parece..., ¿será? Eso aquí no le ocurrió. Azotado por la orfandad, buscó miradas por si acaso lo reconocían a él, gestos familiares, algo como levantar el brazo entre dos conocidos que se cruzan. Al menos, algo. Nada encontró, a pesar de

que delante de él se pasearon hombres altos y bajos, mujeres jóvenes y maduras, hombres de piel negra y morena, mujeres que arropaban su cabeza con un pañuelo, todo casi lo mismo, casi igual que en la ciudad de donde venía. Su mirada tan solo fue capaz de escrutar bocas extrañas, inconvenientemente burlonas, miradas hoscas, gestos de indiferencia. Fue cuando sintió que la rabia invadía sus ojos, hasta estar dispuesto a salir corriendo si hiciera falta, a mostrar desprecio para preservar una falsa altanería. Y fue entonces cuando recordó esa sensación que había tenido otras veces: llegar de noche a un sitio desconocido, tras un largo viaje, y ver cómo le embargaba la tristeza. Tuvo intención de reprocharse haber venido, como si lo atenazara un miedo insolente o lo invadiera no solo una desesperada angustia ante lo desconocido, también una incómoda sacudida de desprotección.

Años después, cuando llegó a Oslo, fue todo distinto. La ciudad le pareció ordenada, equilibrada, encajado todo convenientemente en el modo que una ciudad tenía de ofrecerse a sus habitantes y a los visitantes, como si el reto de la fascinación se impusiera a toda lógica. Y por qué en Mondragón no fue así, qué tenía este sitio para no aparentarlo, qué tenía él para percibirlo de este modo. Las calles, tristes, dotadas de melancolía y suspicacia. El frío vagaba sin rumbo. Se vio mezclado con gentes extrañas en el mísero resplandor de unas luces que iluminaban poco, rodeadas de un aire que solo mostraba soberbia.

—Joder, tío, no sé por dónde te moverías tú, pues. Ni que hubieras llegado a una ciudad fantasma.

Amagoia, la geóloga, sorprendida con ese sentimiento catastrofista que Carlos confesó días después en la obra.

—Qué quieres que te diga. Así me sentí.

El viaje había sido largo y pesado, quizá fuera esa la razón. Hasta Madrid todo fue bien, el autobús cumplió con su horario, para mediodía ya estaba en la estación de la avenida de América. Allí se despidió de una chica con la que compartió asiento. Había aprobado el MIR y le habían adjudicado una plaza en el hospital 12 de Octubre. Camino del hotel la recordaba: «¿Tendrá ella la misma sensación de desvalimiento que yo?, seguro que no. Allí, en Madrid, no sentirá este vacío que me remueve las tripas».

La calificación de hotel le venía grande a su nuevo hospedaje. Lo hubiera dejado en hostel con pretensiones. El infortunio se volvía ahora contra este lugar. Un nombre demasiado ostentoso para un edificio que pasaba desapercibido, al que tuvo que mirar un par de veces antes de reconocerlo, un lugar monótono y sin indicadores que aligeraran despistes. Aguantaba a duras penas las dos estrellas que tenía. Al menos no parecía sucio, a pesar del aspecto viejo y afligido que apreciaba en el edificio y en el mobiliario. ¡Vaya, tanto renegar para que luego fuera su residencia durante tanto tiempo!

Los ojos cegados por una melancolía difusa encontraron al recepcionista, como lo encontraría muchas veces más, tras un mostrador oscuro, gastado y algo desbarnizado, y las manos abiertas sobre él, incapaces de elevar la vitalidad de su mirada. Le exasperó la parsimonia con que cumplimentó los trámites de registro. Ni siquiera la mirada inquisitiva de

Carlos aceleró el trazo lento que cubría las casillas en blanco de una ficha rectangular.

—Es obligatorio, lo exige la *Ertzaintza*.

Menudo recibimiento, pensó, mientras afirmaba con un ligero movimiento de cabeza. Miraba a su alrededor midiendo el aire. ¿Y eso?, era un ordenador en el extremo del mostrador, y caviló: estará ahí como mero testigo y recordatorio de que estamos en la era digital. Y en otro lado, dos sillones marcados por el tiempo, una pequeña mesa adornada por un ridículo montón de revistas gastadas y varios cuadros con paisajes verdes y frondosos. En eso consistía la decoración del vestíbulo, que parecía más propio de la consulta de un médico que de un hotel. Al otro extremo del mostrador, un expositor con folletos turísticos. Carlos los acariciaba con la mirada.

—Coge uno, puede que te interese alguna cosa —le recomendó el recepcionista.

Otro parón en cumplimentar la ficha. Y en Carlos mientras acopiándose la desesperación. Joder. Contraía la comisura de los labios, los arrugaba, como si quisiera sostener algo entre ellos. Por fin terminó. Le pidió su firma y le entregó una llave anillada a una pesada pieza de hierro, de una de las habitaciones de la segunda planta. Al cogerla con la mano, a Carlos le dio como grima, igual repulsión que cuando sacaba del cajón de la cocina un cubierto con restos resecaos de comida. Su labio inferior fue ahora el que más se contrajo.

Invadido por el cansancio del viaje, Carlos entró decepcionado en la habitación. Miró como petrificado, olisqueó el aire buscando reconocer algún aroma amigo. Sintió que estaba en territorio hostil. Desconsolado, su ánimo se ahogaba un poco

más. ¡Hostia puta! Dio dos pasos, contempló la nula decoración: una cama austeramente vestida, una mesa de noche, un escritorio y una silla, más allá un armario con aspecto de marquetería. Abrió sus puertas, inspeccionó los cajones y pasó la mano acariciando las ridículas perchas de plástico que colgaban de una barra. Era noche cerrada de primavera. La única ventana que tenía la habitación se ocultaba detrás de un visillo emparejado con una cortina plastificada, pesada y densa. Al menos impedía la entrada del resplandor que ascendía desde el patio de luces.

—¿El recepcionista? Mediana edad, delgado, desgarbado, mirada mortecina, movimientos pausados, de rostro huesudo. Suele abrir los ojos en redondo y encoger los labios apretándolos.

Llamada a casa. Así se lo describió a los suyos.

—Mañana verás las cosas de otra manera —le dijo su padre.

El cansancio lo vencía. Mejor dormir. Apuró algunas sobras del bocadillo que llevaba. No quiso reparar en nada más, ni siquiera comparar aquella habitación con la que había dejado en casa. Luego, sí echó de menos su cama, su mesa de estudio, su mesa de dibujo, los pósteres que cubrían las paredes, todos los apuntes de la carrera, la colección de maquetas de sus coches favoritos... Aquí solo muebles viejos, afligidos, con cajones vacíos que guardaban recuerdos de paso. Y flotando en el ambiente: olor a aire mil veces respirado.

Todavía no se explica porqué no buscó hospedaje pasados unos días, en otro lugar. No llegó a reflexionarlo seriamente, a buscar razones. Seguramente fue la inercia de estar allí un

día y otro lo que fue amasando una estancia tan prolongada. Hubiera tenido la oportunidad de residir en cualquier otro sitio, en una ciudad o pueblo cercano, en una población donde no estuvieran tan vivas las palabras de su padre sobre el asesinato de hacía un año: «Lo asesinaron, y muy pocos se atrevieron a levantar la voz y la mirada». Otro lugar donde no existieran sensaciones tan negativas o, al menos, no con la misma intensidad que ocurría aquí. Cuando llegó, se instaló, y basta. No se molestó en nada más. Cerró sus oídos a los consejos que alentaban la búsqueda de un piso o un apartamento y aguantó hasta que el aburrimiento y la desesperación de aquel hotel alcanzaron la insoportable gravidez de lo saciado. Y también hasta que el jefe de obra le dijo que la factura del hotel era demasiado alta, que bien caro le salía el hospedaje a la empresa.

La ventana miraba al patio trasero de un bar, donde se agolpaban cajas y sillas mutiladas, y bombonas de gas entre paredes que ya no recordaban el último encalado. Los estruendos choques de las cacerolas de la cocina, el entrechocar de los platos, las risas y voces chillonas de quienes trabajaban en los fogones, los alegres cantos desafinados de la que debía ser la cocinera —¡vete tú a saber!— retumbaban en aquel túnel que penetraba en el cielo edificio arriba, con la misma intensidad que si las tuviera al lado de su cama. Al final, a fuerza de escucharlo cada noche, todo se le fue haciendo tan familiar que quedó en una música de fondo orquestada en su primer sueño.

Distinta fue su estancia el año de Erasmus en Turín. Aquel curso estuvo aderezado por la fenomenal sintonía con Mario, su compañero de piso, y el buen ambiente con el grupo de españoles que también habían venido a estudiar con este programa

europeo. Y todo, a pesar de las promesas incumplidas de la señora Marusa en el adecentamiento del nauseabundo cuarto de baño del piso donde residí.

A los pocos días de estar en el hotel apareció por la puerta un tipo que hacía alardes de una familiaridad incontenible con el recepcionista. El hombre, ya mayor, vociferó *egun on* y algo más que para Carlos resultó incomprensible. Lo que fuera, lo dijo en euskera. El recepcionista, casi sin inmutarse, lo miró. Después cambió al castellano:

—Cuántas veces te he dicho que tienes que aprender euskera.

Y enseguida exhibió una amplia sonrisa. Carlos lo miró, mientras se asombraba del mazacote de carne que veía ante sí: ancho, tan ancho como alto, igual que esos que se dedican al levantamiento de piedras, pero vigoroso y vital. El recepcionista se limitó a levantar su mano.

Era sábado y llovía. Frenado por el agua que caía, Carlos se había sentado en el vestíbulo. El hombre volvió la mirada hacia él. Hizo un gesto con la cabeza como si preguntara este quién es.

A este tipo lo iba a ver muchas veces más. Solía venir casi todas las tardes y charlar con su amigo. Aunque si quisiéramos ser precisos, era él quien monopolizaba casi toda la conversación, porque su interlocutor —como iría descubriendo Carlos— amagaba más que hablaba palabras. Aquel hombre, Antxon, como lo llamó el recepcionista antes de contestarle, debía estar a punto de brincar los setenta. No tardaría Carlos en sintonizar con él, no solo porque fuera el dueño de una cabaña situada en los terrenos que había de ocupar la obra, y

que según el proyecto se debía demoler para construirle una nueva, sino porque en él encontró ese lazo de conexión con aquella tierra. Por el momento, Carlos se encontró extraño. Desde su asiento, se fijó cómo los ojos opacos del recepcionista habían respondido a la pregunta del amigo, pero no su boca. Así que este insistió:

—¿Te has decidido, pues, a decir algo a la chica?

—Ya te contaré.

Aquella escena arrancó la sonrisa de Carlos. Pensó: este no habla porque estoy aquí delante. Lo que no esperaba es que se dirigiera a él.

—Carlos, te voy a presentar, Antxon Arriola, un buen amigo. Me hace compañía muchas tardes.

Ni sábados ni domingos solía aparecer el amigo del recepcionista. Aquel sábado la lluvia lo frenó de subir a la cabaña. Caía mucha agua. Pronto, al decir quién era, entablaron conversación con lo de la cabaña y ese proyecto de nueva construcción.

Arriola ocupó con él tardes de conversación alrededor de un café en el bar Monte. Le contaba aventuras, inventadas o no, que le habían ocurrido en la cabaña, historias que relataban los servicios que había prestado en Fagor, aunque no fuera cooperativista, donde estuvo muchos años suministrando materiales a las fábricas de la cooperativa con su furgoneta. Ya jubilado, se entretenía con sus animales y el pequeño huerto que cultivaba junto a la cabaña. Ese verano recogería la última cosecha, el desmonte para la construcción del viaducto iba a desmantelar pronto la cabaña.

No sabía el tiempo que le quedaba por delante en aquella tierra, pero pasado el verano empezó a rondarle por la cabeza que tenía que dejar el hotel, alquilar algo. Aquellas primeras semanas, atenazado por un miedo ancestral, no imaginaba ahora qué historias estaban por llegar. El estremecimiento de los miedos no le permitía ir más allá. En su habitación, los ruidos extraños que le dieron la bienvenida no impidieron que rumiara tanto como pasaba por su cabeza. Durante horas lanzaba la vista al techo, y aquella noche, una diminuta araña que se movía en una esquina sobre el armario, y él sintiéndose reconfortado de que ella siguiera en su laboriosidad inmutable frente a lo que acontecía a su alrededor, incluso a la desesperación que le invadía a él.

Cuando se veía solo, caminaba sin rumbo, errático, gastando el tiempo impunemente. Entonces su soledad aumentaba. Las calles se le hacían cortas, tenía la sensación de haberlas recorrido en el mismo paseo varias veces. Algunas mañanas de esos interminables fines de semana, a eso de las doce, después de hablar un rato con el recepcionista o con Arriola seguía el camino paralelo al río Deba, como si pretendiera acompañar su curso natural en busca de un lugar donde expansionarse. Se sentaba un rato en algún banco y trasteaba el móvil o leía un periódico deportivo. Harto de estar allí, volvía a hacer el camino de vuelta.

Un día, a la ida, fue fijando la vista en el cauce sucio del río, convertido en un vertedero, hasta que encontró junto a otros desechos un viejo colchón, le golpeaba el agua tibiamente. Le deprimió esta dejadez. No concebía que en un pueblo tan próspero económicamente aquello pudiera ocurrir. A la

vuelta se lo comentó al recepcionista, tan solo escuchó que siempre se han tirado los trastos ahí. Ese día continuó el camino porque tenía interés en conocer el edificio en construcción del nuevo hospital, le había hablado Arriola de su fachada de colorines. Aún eran un esbozo. Luego se acercó a las obras del parque Aldai, que estaban a punto de concluirse. Entonces fue cuando se topó con aquella pintura, en un muro, que le sobresaltó. Simbolizaba el rechazo a la obra en la que trabajaba, y le subió un escalofrío bronco por la espalda. No se acostumbraba a ver tantas pintadas: bajo un puente, sobre el frontón de una taberna, ni tampoco a los pedazos de tela blanca atados a barandillas de balcones con la silueta de un mapa de Euskadi en negro y cuatro flechas rojas dirigidas al mapa, como si quisieran arrastrar las palabras del borde del paño. El primer día que las vio no supo interpretarlas. Fue Julen quien le hizo saber que aquello de *Euskal Presoak Euskal Herrira* no decía más que «presos vascos al País Vasco».

Julen, el joven topógrafo burgalés, fue con quien mejor sintonizó en la obra. Era un tipo extrovertido, y eso encajaba bien con el carácter circunspecto de Carlos. Esto le dio confianza para preguntarle sobre esas palabras escritas en muros, carteles, sábanas, que a otro no se atrevía. A Pablo, su padre, le describía todo aquello y le enviaba algunas fotografías por correo electrónico. Nadie se atrevía a limpiarlas, ni a retirarlas. El Ayuntamiento las permitía. El miedo las tolera, le decía su padre. Permanecían amparadas por el imperio de la impunidad. Si preguntaba que cómo era posible que se permitiera, silencio, y en todo caso: eso no hay quien lo quite, ni quien lo borre.

A veces él amasaba también muchos silencios, preguntar no era una buena idea. Eran consentidas, y punto. Con las personas que se cruzaba por la calle no sabía si les molestaban, les daban igual o estaban de acuerdo. Daba lo mismo. Nadie se atrevería a profanarlas. Silencio e impunidad del que se nutre el miedo. Quizá aquello estaba tan imbricado en el paisaje urbano y en la cotidianidad de las gentes que nadie se fijaba, nada más que él. Allí estaban, empezaban a formar parte de las rutinas de cada día, y a estas rutinas le costaba adaptarse. Cuando le preguntó a Julen por todo aquello, que si no pasaba nada porque estuvieran allí, este le dijo: «Carlos, mira y no preguntes».

5

A la espera de que llegue la hora de la cita con la señora Mayca, Carlos sigue trasteando el móvil y disfrutando el sosiego que le proporciona el entorno tranquilo. La concurrencia es escasa. Se trata de un parque abrigado, limitado en accesos, más apropiado para el retiro que para el paseo. No es un espacio que te encuentres camino de alguna parte. Por *Slottsparken*, sin embargo, transitan miles de personas al cabo del día. La frondosidad de sus árboles, el suelo tamizado de verde entre corredores de tierra, serpenteantes, como componiendo un paisaje de manchas de jirafa, es un reclamo para quienes buscan un poco de solaz, pero también para los que desde *Josefines gate* o desde *Oscars gate*, como es su caso, se dirigen al puerto de la ciudad. Por este pequeño parque de Mondragón,

nadie o casi nadie. Ideal para estar lejos de las miradas curiosas de los viandantes, aquí pasará desapercibido durante la espera. Por eso lo utilizó de refugio aquellas primeras semanas tras su llegada, para pasar inadvertido y tener la sensación de ser un resto más de los vegetales esparcidos por el frondoso suelo de este prado. Hasta que se le acercaron aquellos tres tipos de aspecto *abertzale* y le preguntaron si él trabajaba en la obra del AVE. Tardó varias semanas en volver a este sitio.

A ver si llega pronto la hora de la cita con la tal Mayca Montesinos. Es su preocupación en esta tarde de un otoño que ya ha despuntado.

Un grupo de jóvenes, distanciados, tanto que Carlos casi no escucha sus risas, ni advierte sus desmesuradas gesticulaciones cuando hablan entre ellos, se han levantado y caminan. Está mejor aquí que en el coche, o que en cualquier otro punto de la carretera o en el puente del río que rodea el parque, y bastante mejor que en la esquina que da acceso a la Universidad Politécnica, por donde hay a ratos un incesante tránsito de vehículos y de estudiantes. En este reducto se encuentra lejos de miradas indiscretas, esas a las que su obsesión le hace pensar que solo lo miran a él, como si llevara escrito en la frente: ¡mirad este rostro! No tiene nada que lo delate, ni siquiera un adorno llamativo —unas gafas extravagantes que moldeen una cara estúpida o caricaturesca, que él ha visto en otros—, o una mancha roja en el rostro, ese antojo insatisfecho de un deseo del que hablan las abuelas, ni una cara deformada por un accidente. Ha pasado suficiente tiempo para haber superado la rencorosa percepción de que solo se dirigen hacia él miradas escrutadoras. Pero algo le queda. Al igual que aquel día que le

acercaron preguntando si trabajaba en la obra del AVE, ahora tiene la impresión que ese grupo de jóvenes vienen hacia él para interrogarle sobre si es ingeniero en esa obra tan odiada. Mejor levantarse. El coche lo tiene al otro lado de la avenida.

Ha tenido que esperar casi una hora más. ¿Que por qué bajar tan pronto?

—Cuando venía por el carril de la obra me llamó la señora del apartamento para retrasar la cita.

Le explica a Julen que el apartamento está en la misma casa de la señora, una de las que hay próximas a la carretera.

—¿No será la que hay en el cruce antes de tirar para la cafetería de la Murciana?

—La misma.

—Carlos, si parece el caserón de los *Monsters*.

—No seas capullo. Es un sitio muy especial. Mucha naturaleza alrededor. Es como uno de esos lugares donde todos desean vivir.

De las primeras ilusiones iniciales, pasó a encontrarse un poco desajustado en la empresa. ¿Falta de experiencia? Todo parecía normal durante el día. En la obra escuchaba hablar con sonora alegría, risas que explotaban tras una broma en carcajadas, incluso había quien le transmitía extrañas confidencias, como si pretendiera desahogar sus penas. Lo malo era la noche. Cuando terminaba la jornada laboral. Cada uno salía como alma que lleva el diablo. En el silencio urdido por el mobiliario centinela y los despachos ya vacíos, no quedaba más que el rastro de un montón de papeles que habían cambiado de lugar sobre las mesas, botas cubiertas de tierra que se arrinconaban en cualquier parte, papeleras repletas

de papeles arrugados y aquellos envoltorios de galletas salpicadas con briznas de chocolate, que no había visto en su vida, pero que Amagoia decía que estaban deliciosas.

—Prueba una, pues.

—Son igualitas que unas que yo comía en Turín.

—¿En Turín?

—Sí, estuve allí de Erasmus.

—Como estas, seguro que no, ¡hostias! Los italianos, mucha pizza... y poco más.

Esa bondad de las galletas, Amagoia tan convencida. Carlos empezaba a percibir en ella que no decía las cosas gratuitamente. Era una chica que no llegaba a los treinta años, de voz segura y palabras contundentes, no ocultaba ni su estética *abertzale* ni las ideas que no tenían más fin que Euskal Herría. A Carlos le gustaron bastante las galletas. Movi6 así la cabeza, como diciendo: no están mal, me gustan, tendré que llevarme unos paquetes cuando vaya a casa. Amagoia no esperaba otra cosa.

Días antes de que Amagoia le ofreciera aquellas galletas, Carlos había pasado por otro episodio de desconcierto. Primeros días, periodo de adaptación. Le costó hacerse a la idea del lugar que ocupaba allí. Si al menos el jefe de obra hubiera tenido más mano izquierda, apelando a la amabilidad y el sentido de guía, quizá no hubiese entrado en una especie de trastorno de identidad profesional. Tenía que dar órdenes, nunca las había dado, y todos esperaban que de su boca saliera una solución técnica. Él, como si no se enterara. Las soluciones a los problemas que se presentaban, las tenía que pensar más de lo que acuciaba el ritmo de la obra. Así, a veces, los escuchaba

preguntar y era como si oyera voces que se propagaban en un desierto, proscritas, que no se dirigieran a él. Y cuando le hacían esas preguntas, el encargado, la geóloga o el de riesgos laborales, contestaba: ¿sí?, ¿es a mí? Aturdido, naufragaba, o le sobrevenían ausencias inexplicables. Como la de aquel día:

—Hemos introducido un cálculo erróneo en la cimentación del pilar —le aseguró el encargado.

—¿Quién debía haber revisado eso?

—Es cosa tuya, Carlos.

En esto, el encargado estuvo comedido. Corrigió él mismo el cálculo sobre la marcha y aquello no llegó a los oídos del jefe de obra. Días duros. Era pulular como refugiado en un mundo que desconocía e interpretaba como parte de la apariencia de los demás. Convencido de que provocaba rostros de asombro, dominados por el sarcasmo, casi burlones. Voces que le seguían sonando en su cabeza cuando la oscuridad se hacía más prieta en la atmósfera oxidada de la habitación del hotel. En este vacío de ruidos, las caras no desaparecían. Imaginaba que respondían: ¿es que no tienes oídos?, ¿estás sordo?, ¿este tío no se entera!, ¡será imbécil!, a todas las preguntas en las que su respuesta se demoraba, o en los casos en que titubeaba en la solución.

En aquella habitación, tan a la medida de su angustia, repasaba cada acontecimiento del día, registraba palabras, gestos, sonrisas, como si quisiera hacer inventario de todo. Entonces intentaba buscarse a sí mismo en ese mar de alucinaciones. Se avergonzaba de lo más insignificante cuando se encontraba con su estupidez, incluso hasta sobredimensionar pequeños detalles, como si hubiera cometido errores

imperdonables. Atormentado en ocasiones, se arrepentía de palabras que había dicho, de explicaciones dadas que entendía vagas y, en todo eso, se consumía con el remordimiento de lo que no había sabido decir o hacer. Raras veces se perdonaba, añadiendo otro tráfago de angustia a su proceder.

Al día siguiente, se armaba de un valor desconocido para no parecer un burdo timorato frente a realidades abrumadoras —a las que en su vida se había enfrentado, pero que era consciente que debía de afrontar—; unas, ancladas en prejuicios, otras, en la vida que no había vivido todavía y, las demás, en un tránsito de relaciones humanas a las que no había tenido oportunidad de acceder. Así fue que para ocultar esta falta de experiencia se aprovisionó de una equivocada dosis de altanería de segunda mano. Su perenne comezón, con otro tanto de recelosa insolencia, a manera de sobreponerse al pellizco que le retorció la boca del estómago, le hizo subir el tono de su carácter. Y mitigar la angustia, tornando el rostro desencajado que le enseñaba el espejo al quitarse las lentillas cada noche por otro de mejor porte y cargada sonrisa, el que encontraba por la mañana.

¿Arrepentido de haber venido a este lugar? A veces, porque era como si mirara a un abismo. Aunque el orgullo le podía y a nadie se lo había dicho, ni lo diría. Lo dejaba para sí, y también en ocasiones para su padre, con el que se consolaba y al que pedía consejo. Ante el resto del mundo y de los compañeros, de haberse confesado, hubiese mostrado una debilidad que no estaba dispuesto a canjearla gratuitamente. Y a Nuria, mejor descubrirle la realidad:

—Aquí se está bien, pero no es lo mismo que en casa.

—Ahí vives tu vida. Eres independiente. ¡Cómo va a ser lo mismo que estar sujeto a tus padres!

—No todo lo que hay por el mundo es fantástico. Aquí la vida es diferente, la gente un poco extraña...

—Supongo que en eso está el encanto de la aventura, en conocer otras realidades.

—Como se vive en nuestra tierra, en ningún sitio. Te lo digo yo.

Él no lo sabía, pero con estas palabras destrozaba los sueños de aquella joven que siempre codiciaba un mundo de destellos imaginados, más allá de su existencia familiar, que no le satisfacía.

—Pues a mí me gustaría viajar como tú lo haces.

Fue en esos días que regresó a casa por primera vez. Unas mini vacaciones. El descanso reparador que necesitaba cerca de sus padres, hermana y amigos. Al volver a Mondragón:

—Se te ve otro —le dijo Julen nada más verlo por la mañana temprano en la obra.

—¿Tan diferente era antes?

—Algo rarito. ¿No es así Víctor?

El de riesgos laborales asintió con la cabeza esbozando una sonrisa tontuna.

Era su primer trabajo serio. Tampoco es que tuviera más opciones. Por él, se hubiera ido a Brasil con los ojos cerrados. Las Olimpiadas demandaban trabajo y multitud de empresas

al calor de las grandes inversiones. Echó, no sabe ni cuantos currículum, en todo lo que oliera a empresa de obra pública. Pasaban los días y había perdido toda esperanza. Pero la única que le contestó fue esta, y gracias. Antes, la mera insinuación de lo de Brasil trajo cola.

—¡Tú estás loco!

—En la televisión se ve que es un país donde hay mucha delincuencia y que los extranjeros tienen que andarse con cuidado.

—Delincuencia hay en todos los sitios, ¡qué me va a pasar!

En vano pretendió ahogar la desazón que había provocado su interés por dar el salto al océano.

—¿No has visto esos barrios tan grandes, abarrotados de casas de madera, de chapas metálicas y de ladrillos mal puestos?

Y él siempre repetía un sí descreído, antes de recordarle a su madre:

—¡Favelas, mamá, favelas!

No había forma de convencer a nadie, y menos a su madre, siempre medrosa. A la que estaba convencido que había salido. Aunque solo se trataba de un deseo manifestado. Salvo Nuria, que hacía piña con él.

—Tiene que ser fascinante ir a Brasil —le repetía, y añadía—: ¡Quién pudiera! Carlos tampoco pretendía que este asunto generara un conflicto familiar. Solo era una de las opciones donde había caído su currículum, como en otras empresas para obras en Taiwán, Rumanía o Santiago de Chile. Lo de Río de Janeiro fue lo más comentado. Había aprendido cómo se agigantan los bulos: de boca en boca, sin fundamento

alguno, alimentados por afanes incontrolados. Así que dio para muchos ratos de conversación. A él le hacía ilusión aquello de la villa olímpica, el estadio olímpico o los campos de regatas, para qué negarlo. Cuando dijo que iba a ser en el País Vasco, en concreto en Mondragón, surgieron otras preocupaciones.

Y los días antes de su partida estuvieron abrumados por la obsesión de los hechos con los que se identificaba a esta población. Pronto surgió la evocación de imágenes en televisión que habían sellado escenas impactantes de muerte, desolación, destrucción; las noticias de prensa que se referían a asesinatos, contenedores y autobuses incendiados; tipos huidos a México, y todas aquellas afirmaciones que hablaban de los puntos calientes del abertzalismo radical en el País Vasco. Además, quienes gobernaban en el Ayuntamiento de esta localidad estaban en esta honda, y su alcaldesa había estado tres meses en la cárcel por colaboración con banda armada. Su padre, el informador, al detalle. Su madre: ¡Uy, por Dios! Así eran: su padre, más frío y metódico; su madre, más vulnerable ante la incertidumbre. Carlos era más como ella.

Por eso, cuando llegó, miraba a la gente con tanto recelo, pero también como a conocidos, aunque jamás hubiera visto esas caras, pero la televisión había hecho el trabajo de familiarizar a España con este territorio, aunque solo sirviera para suscitar el miedo en las conciencias. Y fue entonces cuando Carlos pretendió disimular los efectos del miedo con paseos donde se mostraba con aire de lugareño, hasta andando deprisa, como queriendo demostrar que era uno más de los de allí, que no reparaba en las caras ni en los edificios, ni en los carteles ni en las pintadas. Naturalidad por encima de

todo. Como si sus pasos ya hubieran pisado aquellas aceras millones de veces.

A lo mejor era una obsesión sin fundamento, pero los flashes que de siempre habían iluminado escenas del País Vasco también habían cincelado el cerebro de media España: noticias, comentarios, quejas, insultos, canallas, hijos de puta, asesinos. Eso en cada atentado. Instantáneas del horror, destellando en su cabeza, sin poder evitarlo. Tan habituales en algunos momentos: asesinatos cuando aún estaba caliente la sangre del anterior, calles en guerra por la *kale borroka*, la puerta de un banco reventada por un cóctel molotov, y tantas cosas más saltando por cualquier lado con imágenes impactantes. Era difícil abstraerse a tanto horror y no sentir escalofríos. Y venir ahora aquí y pisar ese mismo suelo. Resquemor, desconfianza.

Y de aquel último asesinato, un año apenas, Pablo le había dicho: «Era un compañero socialista, concejal en la pasada legislatura, ¡maldita sea!». Y aunque no lo fuera, pensaba Carlos, desestimando que aquellas palabras justificaran un dolor mayor que si se hubiese tratado de alguien sin vínculo alguno, que no estuviera mediado por la simpatía política o la identidad de la misma tribu. La aflicción debía ser la misma: pena y dolor por una muerte. Aunque se sabía que esto no siempre era así, que no todas las muertes son iguales, ni las desgracias, ni los horrores que se ven en la televisión. No lo son, como no lo habían sido los millares de individuos anónimos que morían en Irak frente a la muerte de un soldado norteamericano o de cualquier otro país de los nuestros; como no eran igual las víctimas de un atentado terrorista producido

en Madrid o Londres, que si hubiera acontecido en Bombay, Nairobi o Bagdad.

Aquel asesinato, tan próximo ahora, iba a tener el color del fuego que acabó con la vida de un hombre joven. Y Pablo: «Lo asesinaron sin piedad». En los indicadores de la autopista AP-1: Arrasate. Nada más llegar, y en los días siguientes, con la sangre aún helada, Carlos buscaba en las miradas de la gente: quién podría haberse alegrado, quién no, quiénes habrían olvidado ya aquello, quiénes sintieron una ráfaga de repugnancia capaz de removerles las tripas. En las caras parecía reconocer aún restos de silenciosa soberbia, pero también de angustia marcada por tenues formas de resignación. Miraba lo mismo que cuando cometía una travesura siendo niño, buscando un rayo luminiscente en la mirada del otro por ver si era acusadora: has sido tú, ¿verdad? O, para su alivio, que salvaguardara cualquier culpa sobre él.

Julen le sirvió de guía la primera vez que se dirigió a la obra. Entre pinos, por un carril de tierra a medio arañar en la montaña. Sintonía con él casi desde el primer momento. Aunque ese día tan solo inauguraban el estatus de compañeros de trabajo. No había hecho más que estampar su firma en el contrato unos minutos antes. Aquella mañana, a pesar de que Carlos se esforzó en ser amable, estaba incómodo y agarrotado. Tenía enmarañada la lucidez. Menuda anarquía mental había vivido en la oficina. Menos mal que desayunó.

En los diez minutos que duró el trayecto hasta la obra, el ánimo iba contenido y expectante. El coche, conducido por Julen, iba ligero. Pesadumbre en Carlos: me he comportado en la oficina como un imbécil. Julen exhibiendo incontinencia

verbal: que si el terreno tiene tales características, que si un enclave de la obra por aquí, que si otro por allá. La mente de Carlos volando por otros derroteros: qué se encontraría al final de este corto trayecto. Voz algo atiplada, pero sonora, Julen continuaba destilando palabras que le sonaban a ecos lejanos.

—Ya te acostumbrarás a este camino. Ahora te parecerá peligroso, pero es pasar un par de veces, y pan comido.

Carlos, incómodo, viendo aquel carril como un camino de cabras. Menudo trápala y fanfarrón este tío, pensaba.

Pronto se auparon a lo alto de la montaña. La sensación vacua no desaparecía. Los brincos del coche a cada bache alargaban un poco más el camino. Se le antojaba por momentos demasiado largo, infinito, entre tantos árboles y crecidos matorrales. Incapaz de medir la realidad del momento, aquello le parecía no acabar, aunque tan solo habían transcurrido poco más de cinco minutos. Las palabras de Julen parecían rebotar entre los cristales y la chapa metálica gris. Todavía aturdido. Había tenido que esperar a que Luis y Matías, tensos y enfrentados como gladiadores, absortos en su disputa destilada de *forofismo* futbolero, advirtieran su presencia. Solo eran dos pasos más hasta la puerta que daba acceso a un espacio atestado de mesas de oficina, estanterías flanqueadas por grandes mapas en la pared con esquinas desvencijadas y varios armarios archivadores que sostenían montañas de papeles. Allí había llegado tan timorato como apaciguado, cuando la chica de gestión económica le mandó que traspasara la puerta que vomitaba un flujo de palabras enconadas.

Mañana fresca. Temperatura desacostumbrada para un chico del sur. Ni siquiera media mañana, y ya el aire primaveral alborotando con alegría los papeles depositados junto a un contenedor de basura. Polígono de Garagartza, situado en uno de los extremos de la población. Entró en el interior de las oficinas como cuando lo hacía a un examen: ánimo bronco, atrapado por la responsabilidad, inseguro. Llevaba el estómago encogido y defendía su ánimo con dificultad. La noche se había mostrado arisca, inacabable y azarosa, le costó descansar. ¿La cama?, tal vez, pero también una incontenible vacuidad sobre algo que no acertaba a explicarse. Acaso la atmósfera ahogada por el tono grisáceo de las cortinas que cubrían la ventana, o quizá fuera porque este sitio le resultaba tan extraño como una llamada ofreciéndole figuras de cerámica para coleccionista. Lo cierto es que no supo bien donde radicaba el motivo por el que al despertarse sintió una punzada de ansiedad que casi le ofendía.

Con la primera persona que se topó en aquella oficina adosada a una gran nave fue con la chica de gestión económica. Cualidad profesional que la sabría después, cuando Julen le aclaró quiénes eran cada uno de los que había conocido esa mañana. Venía hacia él, impetuosa, como tocada por la urgencia, moviendo sus escasas caderas y con una sonrisa fácil.

—Sí, buenos días, me...

No lo dejó terminar. Pasó veloz por su lado, casi sin mirarlo, mientras le decía:

—*Egun on...* Por allí, por allí.

Y le indicaba una puerta abierta por la que salía un ruido de las voces. La orfandad, inabarcable, terminó por horadar el agujero en el estómago que se le estaba provocando ante la ausencia del desayuno, demorado hasta terminar el trámite administrativo que lo había traído hasta aquí. Aquel sitio emitía la frialdad de lo metálico. El sonido se hacía huidizo.

Carlos se quedó ausente, la mente vacía, no quería pensar en nada, era como si estuviera huérfana de conciencia. Aturcido, ingrátido y dominado por una estupefacción imprevista, se encontró inexistente antes de entrar. Quería irse. Algo así pasa muchas veces al extrañar tanto un lugar que nos provoca escalofríos. Las paredes se le antojaron barreras infranqueables que detenían el tiempo, hasta el punto de impedirle pensar a qué había venido hasta allí y qué hacía en este lugar. La esperanza, si alguna le quedaba, le fue arrebatada. Incapaz de reaccionar a las palabras de la chica, se sintió como un elemento más de la austera decoración que lo rodeaba. Ni siquiera se apreció a la altura de la gran planta de hojas alargadas y verdes que desplegaba tiernos tallos junto a una ventana semiabierta. Aquella chica tampoco le sirvió de gran ayuda, pero como le había dicho por allí, se decidió a entrar por allí.

Aspiró una bocanada de aire, como si fuese el único que iba a recibir antes de que el mundo se le cayera encima. Se movió con tardanza, casi abducido por un rito sagrado. Ajustó el cuello de la camisa, estiró las mangas de la chaqueta que se habían empeñado que se pusiera para esta primera presentación —tienes que dar una buena imagen, le recomendaron—, y se dispuso a obedecer la indicación de la chica que ni siquiera

lo había mirado. De ella solo le había quedado una orden fugaz. De su cuerpo delgado y ligero, un rastro en el aire, que buscaba con qué compararlo.

Con un temblor incontrolado y acumulado en las piernas, y una áspera sequedad rellenoando su boca, entró por la puerta que vomitaba palabras de una sonoridad extravagante. Ni su voz fue lo suficientemente potente para hacerse oír, ni los dos hombres que había dentro repararon en él hasta después de unos segundos, quizá minutos. Nunca lo supo. Lo cierto es que aquel tiempo, ridículo e inservible, despreciado por las agujas de un reloj, le pareció una eternidad. Era como una inagotable nada que se extendía en forzada expansión. Nadie supo en ese tiempo que él estaba delante de aquella mesa esperando para firmar el primer contrato de su vida. Entretanto tragaba la escasa saliva que era capaz de producir, aliviando la raspadura de su garganta, se aferró a una suerte encadenada de pensamientos, que concluyeron con un a ver qué estoy haciendo yo aquí.

—Pasa, pasa... No te quedes ahí en la puerta... —le dijo una de las voces.

Era una voz áspera, quebrada por la fatiga, solitaria en un mar de palabras atropelladas, revueltas, tan agolpadas que casi no significaban nada. Paralizado, Carlos tardó en dar los pasos suficientes para acercarse, y una eternidad en abrir la boca. La insistencia de Luis lo activó. Alto y delgado como un ciprés, encolerizado a juzgar por el tono ruborizado de su rostro, y al borde de un ataque de nervios, menos mal que le aclaró:

—No te preocupes por lo que has visto, esto ocurre cada semana. No soporto la prepotencia de este *txuriurdin*.

Matías, envuelto en su capa de grasa, reía por lo bajo. Carlos, mientras, rumiaba la burla en la cara de los dos. Ya no supo qué hacer.

—No te quedes ahí.

A la tercera o cuarta vez de que Luis insistiera, Carlos respondió:

—Ahí, ¿cómo?

—¡Qué termines de entrar, hombre! —Luis, con resolución.

—Ah, sí... sí —balbuceó a duras penas, hecho un pania-guado.

Se acercó a la mesa. En un arrebato imprevisto acumuló el valor suficiente y se presentó como el nuevo ingeniero. Luis le invitó a sentarse. Carlos no encontraba la forma de acomodarse en la silla sin hacer ruido. Luis se dispuso a rellenar los datos del contrato.

—Déjame tu carné de identidad.

—Sí, ahora mismo.

—He intentado explicárselo, pero no lo entiende. Seguro que mañana piensa otra cosa... —Carlos tardaba en sacarlo de la cartera, y Luis le urgió— El carné, te he pedido el carné... —alzó la cabeza, y al verlo— ¡Ah bueno, vale, vale!

Carlos llevaba unos instantes con el brazo extendido, envuelto en un mutismo forzado, con el carné atrapado en la pinza de sus dedos. La agitación de Luis no había cesado. Lo miraba expectante, convencido de que en un momento a otro este tipo larguirucho se levantaría de su asiento y se iría a

proseguir la discusión con el otro. Matías vigilaba complacido, de reojo, disfrutando de su victoria con la sonrisa todavía puesta.

—¿Nombre y apellidos? Bien, bien, aquí están... Vale, vale... Carlos Oreno Burgos —y se le antojó teclearlo atropelladamente.

Hasta que Luis se percató que todo lo que quería saber lo tenía en el carné que había rescatado de los dedos de Carlos. Nada de esto hacía por aligerar el nerviosismo que apremiaba la incomodidad del joven ingeniero.

—Está siempre convencido de que lleva la razón, pero no es así, diga lo que diga... —volvió a preguntar otro dato: DNI, ¿número?, hasta que encontró él mismo la respuesta— ¡Ah, sí, aquí está! Mira que llevo años conociéndolo, pero cada vez lo entiendo menos... ¿Fecha de nacimiento?, a ver, ¡ah, sí, sí!, déjalo —abortando el intento de Carlos por decírsela—. Alguna gente tiene la mente cerrada, solo entiende uno sobre uno. Cuando le varías un poco el argumento, se pierde, se desconcierta —continuaba Luis, con anarquía, a arremetidas, tecleando el ordenador—. La verdad es que no lo entiendo...

Dejó el eco de las últimas palabras tecleadas en la caja de resonancia en que se había convertido la cabeza de Carlos y fue raudo a la impresora que estaba al fondo de la sala. Matías miraba. Su rostro adiposo adquiriría un aire impenetrable, forzado, como tocado por un distanciamiento casi divino que se ensanchaba cuando sonreía.

—Bueno, está bien... firma aquí. Bienvenido, señor ingeniero.

Carlos sintió una mezcla de modestia, bochorno y sinuoso orgullo al escuchar estas palabras.

—No le hagas mucho caso, es buena gente. Solo que le gusta hablar demasiado —le dijo Julen de Luis en el coche.

—No, pero... —se le ahogaron las palabras a Carlos, ahora quizá por el traqueteo del coche.

—Él y Matías están siempre lo mismo, su pasión es el fútbol... y como cada uno es de un equipo diferente... Ah, por cierto, ¿has desayunado?

—No —respondió Carlos con concisión.

—Aquí al lado ponen unas tostadas de tomate con aceite que no se las salta un galgo.

Habían salido del pueblo a poco de firmar el contrato.

Amaya, la chica veloz como el viento, por fin se había parado para decirle su nombre y disculparse por las prisas, y que no lo hubiera atendido como él se merecía. Carlos puso la misma cara de incredulidad que en el momento de ver su fugaz figura al entrar. Llegaron a la cafetería Elizondo, que regentaba una murciana —la Murciana, así la llamaban—, por el camino de Garagartza. Tenían unas tostadas con aceite, grandes como el pan. Julen se esforzaba en darle explicaciones acerca de estos dos tipos que estaban en la oficina. A Carlos pareció ahora no interesarle, pero mantenía la conversación con este joven tan locuaz.

—Me sentí retraído, parecía que se iban a enzarzar en una pelea —explicó Carlos, ya más sereno. La presencia de aquellas tostadas le devolvió el ánimo.

—La gente de la obra es diferente —apostilló Julen—. Víctor, el de riesgos laborales, es compañero de piso. Ningún

problema con él, quizá lo único: esa manía por mantener la casa limpia.

El camino a la obra estaba salpicado de baches y socavones. La fuerza torrencial de las últimas lluvias era su artífice. Por la ventanilla desfilaban las últimas casas, algunas de presencia noble, exhibiendo robustas y poderosas piedras en sus fachadas, varias con amplios tejados de gran inclinación. El espacio ahora estaba ocupado sin ambición, muy atrás había quedado el abigarramiento de edificios que se desafiaban disputando cada pulgada de terreno. La vegetación las rodeaba. El aspecto era bucólico y residencial. La mirada se le perdía entre los pinos y los abundantes helechos que ahora llamaban su atención. Había recobrado el deseo que le trajo desde el otro extremo de España, pero lo sabría con más firmeza cuando el coche entrara en el recinto vallado donde se encontraban las casetas de la obra.

Carlos, circunspecto y apacible, miraba con descuido. Aparecía en él el fulgor expectante por su primer trabajo. Los suaves mordiscos de su labio inferior representaban la incertidumbre. De haberlo conocido mejor, Julen habría adivinado una creciente ansiedad, que seguro palpitaba en su corazón, todavía oculta, aunque a punto de manifestarse. Quería imaginar el lugar adonde lo llevaba aquel coche, el color de cielo allá arriba, cómo olería el aire que iba a respirar, quiénes serían sus compañeros, si eran de fuera o habría algunos de aquel pueblo. Tanto se lo preguntaba, que pareció olvidar que, tal vez, Julen se lo podía aclarar. No se le ocurrió preguntárselo. Y sin embargo le acuciaba saber cómo eran, qué pensaban, hasta dónde llegarían sus reparos hacia alguien que había

cruzado España de punta a punta para venir a trabajar. Y así iba, sin ofuscarse con los vaivenes del coche y sin reparar en lo que debía enfrentar en este trabajo.

El camino había abandonado la carretera hasta adentrarse en el monte. La mañana era radiante, la luz se había hecho transparente y la vegetación teñía su mirada de verde. Subieron por un tramo de camino agreste, indemne todavía a la fuerza de las máquinas excavadoras, como si tan solo hubieran pasado por él algunas de las cabras u ovejas que se veían de cuando en cuando, o alguna moto de Cross que apenas hubiera arañado la tierra dejando una huella transitoria. El coche sorteaba con paciencia los sobresaltos y las irregularidades del terreno.

—Se está acondicionando un camino alternativo —le dijo Julen.

—Ah, bueno.

—Pero habrá que esperar algunos días más —le aclaró con el resto de entusiasmo que le quedaba.

Con Julen subiría los siguientes días, hasta que llegó el coche que la empresa ponía a su disposición.

La hora de la cita con la señora del apartamento se acerca. Sigue disfrutando la calma del pequeño parque. La pareja del perro hace rato que se ha ido, ignorando las protestas del animal. Espera que le guste el apartamento, no le apetece seguir con la aburrida búsqueda que tanto le abruma, iniciada hace

unas semanas para poner fin a su estancia en el hotel. ¿Por qué no lo había hecho antes? Alguien que haya pasado por esta experiencia sabrá cómo compadecerse de él.

La idea de irse a vivir a Vitoria fue ganando fuerza en las semanas siguientes a que se lo propusiera Luis, cuando se sintió ofendido. Quizá lleve razón, se dijo. ¿El motivo?, la pintada que apareció en el coche del jefe de obra. Mejor dicho dos pintadas: AHT EZ y TAV NO. Una debajo de la otra, para que no hubiese dudas. Las mismas que él había visto en aquel muro por primera vez, y que las vería después en más sitios.

—Esto es una amenaza en toda regla —afirmó el escolta del jefe de obra, un tal Nicolás.

Carlos se puso nervioso al ver aquello. No se había visto en otra. Las veía por la calle, pero no sobre una propiedad de la empresa. El jefe de obra:

—Hasta ahora no habían atacado nada que nos perteneciera, ni a ninguno de nosotros.

Sí se habían dirigido a nosotros. Y Carlos recordó el día que se acercaron en el parque los jóvenes de aspecto *abertzale* preguntándole si trabajaba en la obra, que él silenció hasta este momento. El jefe de obra y la mirada de Nicolás le reprocharon que lo hubiera ocultado.

Todos mirando el coche. Y se oyó también la voz de Amaoia:

—Lo juro. No tengo ni idea de quién ha podido hacer esto.

Nicolás la tenía enfilada. A sus oídos habían llegado comentarios de que esta chica no era trigo limpio. Muy radical parece, decía. No se había olvidado cuando intentó justificar el asesinato de Isaías Carrasco. *¡Hijaputa!*, fue lo primero que

dijo de ella. No se lo perdonaba, aunque de eso habían pasado meses. La miraba con cara de asco. También decía:

—Además, no está ni buena. No me la follaría por nada del mundo.

Durante días se preguntó las razones que sostenían la ofensa que arrancó de las inocentes palabras de Luis por aconsejarle que buscara residencia en Vitoria, hasta que llegó al falso convencimiento de que a veces era un poco descreído con los demás. Lo que no era cierto del todo. Siempre aceptaba de buen grado un consejo, aunque luego lo siguiera o no. Nunca se había rebelado, ni siquiera con la mirada, como hizo en aquella ocasión que escuchó las palabras de Luis. No viviría en Vitoria simplemente porque no le apetecía tener que recorrer cada día ese puñado de kilómetros que separaban ambas ciudades. En Mondragón, la obra la tenía cerca. Para qué hacer tantos kilómetros si podía evitarlo. Además aquí vivían los otros, siempre encontraría compañía.

Pero aquella pintada le cambió el parecer. Y mucho más cuando días después, noche cerrada, a dos pasos del hotel, tres jóvenes que salían de una *herriko taberna* le dijeron eso de español de mierda, que mejor se fuera para su tierra, que allí no querían represores. Había escuchado que se decían estas cosas, pero nunca a él y tan directo en sus carnes. ¿De qué me conocían para saber que era español?, y entendió que no podía pasar por un desconocido.

Fue a Vitoria durante un par de días. No cuajó nada. Lo que más le gustó: aquel piso en la avenida Senda de Valentín de Foronda: dos dormitorios, dos baños, muy bien amueblado, en una zona de la Vitoria más moderna, cerca del centro

Comercial Lakua. Así se lo describió a Luis, pero a última hora se frenó. Pronto se le pasó el susto que le dieron.

Salir del hotel, aparte de un deseo, fue también una imposición. Días antes, en la oficina, observó que la mirada del jefe de obra se había vuelto hosca y hasta sarcástica. Sus miradas desde hacía tiempo no encontraban el punto donde deben cruzarse dos miradas, pero esta vez la falta de coincidencia era mayor. Hasta que este día sí se cruzaron.

—Tenemos que hablar de tu estancia en el hotel. Demasiado onerosa para la empresa —le dijo el jefe de obra.

—Estoy mirando algo.

—Hace tiempo que lo tenías que haber hecho.

Era mentira, Carlos no había mirado nada, salvo lo poco de Vitoria. No le quedó más remedio que ponerse las pilas. Tenía que dar por cerrada su etapa en el hotel.

—Este tipo no me está facilitando las cosas, es como si no quisiera que estuviera aquí —le dijo a Julen.

—No digas tonterías. Eres un poco aprensivo.

—No me lo invento. Con este tío creo que no hay forma de entenderse.

Fue a la vuelta de unos días de vacaciones en casa cuando detectó una mayor ruptura. Habían intercambiado humores incompatibles durante el verano. Julen no se lo creyó en un primer momento, hasta que terminó por comprobarlo con sus propios ojos.

Así es como esta tarde, tan inusual entre tantas tardes de trabajo desbordado, Carlos está pasando este largo tiempo sentado en un banco del parque. Todo lo que ha tenido que esperar, con el retraso de la hora de demora, lo ha hecho aquí,

haciendo gala de más paciencia de la acostumbrada. Y al mirar a su alrededor es cuando ve a esos jóvenes que se acercan, da un salto y sale del parque. La pinta de ellos, la misma que la de los que le preguntaron si trabajaba en la obra.

Una leve brisa le abanica la cara, remueve suavemente su pelo lacio. El silencio se hace denso. Se da cuenta que es el único ave de paso que queda en este lugar. Ni rastro ya del perro, que tanto le había acercado el aliento en carreras infinitas, tampoco de sus dueños, la pareja que le ha hecho correr estimulando su espíritu juguetón, acaso para honrar su juventud, que los hace especialmente activos, como él bien conoce por los primeros años de Botines, no como ahora: pobre Botines, le pesan los años en cada una de sus cuatro patas. Carlos hace un amago de echarlo de menos, mucho cariño por su perro. Era casi un niño cuando su padre apareció con él un buen día. Nuria tendría unos dos años. El otro, el que ha corrido cerca de él hasta hace unos minutos, le ha resultado simpático.

Menos rastro queda de la pareja con indumentaria extravagante, aunque hubo un momento en las idas y venidas del perro que volvió a verla caminando por la acera de enfrente. Solo estos que se le antoja vienen hacia él, por eso acelera el paso. Una bandada de gorriones se le cruzan en la mirada, los entiende inquietos de esas copas de los árboles que se mecen suavemente. Y el mirlo que ha estado remolón hace un rato: inquieto, picoteando. El vuelo lo aleja a la cima de los árboles. Él no podrá hacer lo que ellos, pero sí salir dentro de un rato del parque por las mismas escaleras que la pareja de jóvenes desgarbados, con vestimenta al gusto de su hermana.

La languidez de la tarde, envuelta en el apacible entorno, podría haber continuado hasta la hora de la cita, si no fuera por estos jóvenes que ya ha dejado atrás y porque la *Blackberry* le avisa que el encargado reclama su atención.

—Carlos, el hierro ha herido a uno de los portugueses.

Joder, para una vez que se aleja de la obra. Solivianto. Como cada vez que alguien le ha alertado en los últimos meses del peligro que existe ante tanto incumplimiento de las normas de salud e higiene en el trabajo.

—¿Qué ha pasado?, ¿cómo ha sido?

—Al descargar la ferralla... —escucha una voz dejada, atrapada en la más absoluta displicencia.

El tiempo es como si se acelerara de repente. Recuerda, enconado consigo mismo, subsumido en la estupefacción, lo del accidente que acabó con la pierna de Simevienes. Así le llamaban los compañeros a aquel trabajador extremeño. La primera vez que oyó pronunciar este apodo se despertó en él una sonrisa golfa. Todo se precipita. No llegará a tiempo a la hora acordada con su cita si sube a la obra. Y si es muy grave, ni siquiera podrá acudir a tiempo, lo evacuarán para el hospital. El encargado sigue con su explicación.

—Se soltó una brida. No debía estar bien sujeta. Se precipitaron un puñado de varas, ¡y zas, directas al portugués!

Lo escucha concluir con una voz herida, a la que no termina de acostumbrarse.

—¿Y es grave? —preguntó Carlos, temeroso.

—No, ¡qué va!, un rasguño. Solo que la pierna le molesta al andar.

La calma perturbada lo hace casi rebelarse. A qué viene entonces llamar de ese modo para una cosa así. Había imaginado, en cuestión de segundos, lo peor.

—¿Es necesario que suba? —pregunta Carlos.

La pregunta es como si quisiera contestarse sola. Al otro lado escucha un gruñido apocado, tan tenue que tiene que imaginárselo. Es lo que responde el encargado cuando quiere acabar una conversación, o lo que no responde, porque más parece salido de la boca de un felino que de la cavidad gutural de un humano. El gesto que lo acompaña parece que lo está viendo.

Esta llamada lo saca definitivamente del parque. Ya no le apetece seguir sentado en este banco, prefiere caminar. Es como si de pronto todo estuviese unguado por la premura tan ausente hasta este momento. Entonces se dirige a la avenida donde había dejado el coche. Por la cabeza le ronda: tendré que subir, no me fio de sus explicaciones. Con el teléfono todavía pegado a la oreja.

—¡Dime la verdad!

Todo lo desconfiado que había aprendido a ser en los últimos meses. Aquel mundo era un mundo tan diferente, había que aprender rápido. El encargado por fin contesta:

—¡Cómo te lo digo! Nada de nada. Solo es para que lo sepas.

El coche lo tiene aparcado frente al Xaramela. Al llegar al puente del paseo de Arrasate sobre el río Aramaio, examina

con la mirada el cruce de calles. La circulación se ha activado como cada tarde. Delante de él, un chico negro camina. Observa sus andares, le recuerdan a los del encargado, pero más frescos. El joven bebe una botella de refresco de medio litro, ¿o quizá sea de cerveza?, no lo aprecia bien porque lanza continuas miradas al otro lado de la calle para ver si puede cruzar. A la altura de la barandilla del puente ve cómo el chico lanza el envase vacío al cauce del río, se le subleva el ánimo. No se ha atrevido a llamarle la atención, después de todo, los ríos de esta ciudad son un vertedero. Cruza el paseo.

Siente sed, una sed pastosa. Está en la calle Loramendi. El café bar Xaramela a su izquierda. Duda si entrar a tomar un refresco antes de acudir a la cita. Siempre que se lleva un sofocón se le despierta una sensación de sequedad en la boca, tal vez sea síntoma de su falta de control. Al menos eso es lo que le había dicho una vez un profesor que mediaba en las frecuentes disputas que mantuvo para sacar adelante el proyecto que calificaba una de las asignaturas de la carrera. Será eso. El encargado le ha soliviantado el ánimo. La sed se ha hecho tan patente que le empuja a entrar.

Poca concurrencia. Algunos tipos acodados en el mostrador silabeaban palabras. De los que están sentados en las mesas, advierte que juntan sus cabezas como si planearan algo. La camarera —joven, media melena castaña, rostro risueño y aire servicial— repara en él.

—*¿Qué va ser?*

La coca-cola chisporrotea al caer en el vaso. A lo largo del tablero de la barra de madera, pinchos de todos los gustos. Siente que sus ojos vivaces y la blancura de sus dientes lo

observan, como si jugaran a invitarlo a elegir alguno de los pinchos. Esta vez no va a ser posible, el estómago se niega a ingerir algo sólido. Bebe nervioso, mientras mira a su alrededor, demasiada gente extraña. Un grupo de jubilados alrededor de una mesa entretienen el tiempo en una conversación animada, hablan en euskera. Al fondo, dos jóvenes en otra mesa, se siente intimidado, cree que observan sus movimientos. ¿Incómodo? Apura otro poco el vaso.

Aquí los bares no se exhiben tanto hacia el exterior como de donde él viene. En su ciudad estos establecimientos se cierran habitualmente al exterior con enormes cristaleras, como si su interior no quisiera pasar desapercibido. Aquí, sin embargo, una puerta y unas ventanas, con la misma familiaridad que si se tratara de una vivienda, y acaso un letrero sobrio, a veces de una austeridad humilde. Son elementos suficientes para indicar que en su interior se puede alternar con los amigos y que se despachan bebidas y algunos pinchos.

Presta atención al reloj, como se mira a quien se solicita ayuda. Todavía dispone de unos minutos. La llamada de la señora retrasando la cita le ha regalado tiempo de sobra. Piensa en el anuncio de internet: apartamento amueblado, cocina, baño, televisión... Son las palabras que sostenían las dos fotografías que ilustraban el reclamo del anuncio en la página web que le había recomendado Luis. Saca la hoja impresa, doblada a cuatro partes para que le quepa en el bolsillo trasero del pantalón vaquero. Vuelve a leer el anuncio. Luis le dijo:

—Échale un vistazo... De vez en cuando aparecen algunos chollos. El mes pasado un amigo mío encontró un piso en esta página.

—A ver, tiene buena pinta.

El jefe de administración acostumbraba a dirigirse a su interlocutor como si respondiera a supuestas preguntas.

—No te creas —Carlos no le había dicho nada—, mejor que ir a una agencia a que te cobren el doble, es preferible buscar uno por tu cuenta.

Y Carlos siguió su consejo. Los demás pisos —había visto solo dos— eran muy caros y pedían dos meses de fianza, más un aval.

Apura la coca-cola. Hace un momento que ha abonado la cuenta. Ya no le sujeta nada, ni siquiera la mirada de la camarera que se ha desviado desde hace un rato a los de la mesa.

Ubicado en un chalé, el apartamento es como un apéndice a medio desgajar de la vivienda principal. Está en la zona residencial que cruza a diario, por el camino que conduce a la obra. Algo apartado de la carretera, la arboleda casi engulle el edificio de dos plantas. Se le antoja como una de esas casas que se ven en las películas y que sirve de retiro a un escritor de la gran ciudad que busca paz y tranquilidad para escribir su próximo libro. La zona boscosa que lo rodea imprime al entorno, además de una belleza asilvestrada, un halo de misterio, que se agudiza a la caída de la noche. Cuando los días grises se vayan asomando aun con timidez, lo harán más enigmático.

—Esta zona se urbanizó en los años sesenta.

—¡Ah!, estupendo.

La mujer, edad avanzada, o eso le parece a Carlos. Tampoco es que sea un buen calculador de edades, mejor se le da calcular los metros cúbicos de hormigón que se llevará una

zapata de la obra. Delgada, de estatura baja. El pelo de color rubio, probablemente mantenido a fuerza de cubrir sus canas con frecuentes teñidos. A cada descuido descubre una sonrisa que desvela una dentadura abandonada e invadida por un limo amarillento. Provoca en Carlos la misma repulsión instintiva que sentía desde niño ante unos dientes de aspecto descuidado.

—Mi marido y yo nos vinimos a vivir a esta casa en los años ochenta.

En el siguiente cruce de palabras, cuando a Carlos le parece que pretende aparentar que es una buena interlocutora, todavía junto al camino que delimita una desconchada verja de hierro, atrapada por enredaderas verdes.

—Casi cuando yo nací —aclara Carlos, que no deja de mirar a todas partes, apreciando la impostura que realza la inmensa arboleda que rodea la casa.

—Mi marido se la compró a los herederos de un médico que había muerto —apostilla.

Carlos trata de agradecerle esta información con una sonrisa. Hace un esfuerzo por aparentar simpatía.

Como la vivienda era bastante grande, Mayca Montesinos —hasta este momento no se había identificado la mujer que interpelaba con él, no paraba de hablar, y Carlos hubo de preguntárselo porque tenía la ligera impresión de que la voz que había escuchado por teléfono correspondía a una mujer más joven— le cuenta que habían desgajado de la edificación principal dos apartamentos, puestos en alquiler, lo que despierta la curiosidad de Carlos. No intuye que el motivo tenga que ver con la precariedad económica de su dueña. Conjetura: tal vez

hiciera esta obra para combatir la soledad. Sí, quizá sea esa la razón principal, una casa tan grande excede los límites para abrigar el espacio que necesita esta señora de edad avanzada, como la ve él.

La sensación de destierro que imprime el exceso de metros de la vivienda le resulta abrumadora. Acaso el paraje que la rodea da la preocupante impresión de casa de aspecto perdido y solitario, sobre todo cuando la oscuridad de la noche desdibuja las formas que la rodean. La señora no deja de exhibir su aparatosa sonrisa de máscara. Muestra al resplandor de la tarde sus dientes: largos, biliosos, como bacaladas expuestas en un colmado.

—¿Qué te ha parecido? —se interesó Luis.

—Un apartamento pequeño, sin baño ni cocina —Carlos, con resignación.

—¡Cómo que sin baño ni cocina!

—Bueno... hay las dos cosas, pero son compartidas.

—¿Compartidas?

—Al llegar allí descubrí un baño común para los dos apartamentos. La cocina anunciada no es más que el derecho al uso de la cocina de la casa.

—¡Qué me dices! —Luis, perturbado, intenso, arrugando su rostro afilado.

—Una auténtica porquería. Primera contradicción con lo que se anunciaba en internet. Espero que no me encuentre muchas más.

La necesidad o la desidia, no lo sabía bien, le apremiaron en aquel negocio. Nunca había basado su instinto en la exigencia, así que no hizo nada que extrañara en él. Luis lo miró

con su cara y nariz aún más afiladas, como si pretendiera decir pero bueno, qué me dices. Lo único que salió de su boca fue:

—Y si dices que es un antro... ¡no lo habrás alquilado!

—Lo he alquilado a pesar de todo. Al menos estaré más cerca de la obra.

—¡Qué me dices! —Luis, primero se exaltó, después retrocedió— Visto así... pues me alegro. Seguro que estarás mejor que en esa habitación del hotel.

Además de aquella cercanía a la obra, una fútil justificación, vivir algo retirado del pueblo, sin tener que moverse por él a diario, dejándose ver mucho menos de lo habitual. Una buena medida de precaución. Con el hotel no ocurría esto, estaba en todo el centro. Pesaban las veces que se había cruzado con gente que lo miraba raro. Y pesaba el recuerdo de una noche que se dirigía al hotel y pasó cerca de una taberna, donde varios jóvenes apostados en la puerta lo miraron con demasiado descaro. Amenazantes los presintió. Uno, el más alto, se le aproximó, exhalaba el olor agrio de los chatos que se estaban tomando.

En descargo suyo, digamos que Carlos no era muy exigente. Se conformaba casi con cualquier cosa. Como no lo había sido cuando se alojó en aquel apartamento de Turín, el año de Erasmus del *Politecnico di Torino*, en su cuarto año de Caminos. Había encontrado en internet el anuncio de Mario, un chico alemán de origen italiano, quien ofrecía compartir el piso que ya ocupaba en Vía Marco Polo. Y no le importó no conocerlo, ni tampoco el aspecto deteriorado que tenía aquella vivienda. Lo peor, el cuarto de baño: sucio y arruinado, que casi lo echa para atrás, pero le convenció la promesa de la señora

Marusa de que lo arreglaría pronto. Pasó el tiempo, el curso avanzaba, y nunca vio cambiado el lavabo que amenazaba con desprenderse de la pared, ni el váter de aspecto repulsivo, atravesado por unas espesas líneas de amarillo anaranjado que caían desde los bordes interiores.

Así, instalado en la espera para ver el apartamento de la señora de trato empalagoso que le había retrasado la cita, estaba convencido de que tendría que ser algo más exigente. Lo fue rumiando a medida que se acercaba a la dirección de la casa. Esperaba que esta nueva casera no tuviera el aire ufano y soberbio de la dama del norte de Italia, la señora Marusa. Tratar de imaginarse cómo podría ser le llevó un rato, la voz del teléfono era de una mujer joven.

El apartamento era pequeño, de dimensiones de casa de muñecas, acostumbrado como estaba a los generosos espacios de la casa de sus padres. Pero tenía todo lo que necesitaba y no le pidió fianza. ¿Espacios?: una habitación de estar y un pequeño dormitorio. Al tiempo de verlo, Carlos buscaba con la mirada una ventana.

—Hijo, no tiene más que esta que ves —le dijo la señora Mayca.

—¡Ah!

Sorprendido e incrédulo, incapaz de quejarse, retorció las facciones ante el ridículo ventanuco que adornaba la pared. Se le ahogaban las palabras en la garganta, no sabía qué decir. A su pesar, parecía no importarle, no había esperado tanto rato en el parque para volverse ahora un remilgado. Nunca lo había sido. Para tener una visión más amplia de la frondosidad

que rodeaba la casa tenía que salir al descansillo de la escalera que servía de distribuidor a los dos apartamentos.

—Este no tiene una ventana tan grande como el otro —le aclaró ella.

—¡Ah!

—Cuando se vaya el chico que lo ocupa, te mudas tú a él —la señora se afanaba en convencerlo, y prosiguió—: Será pronto. El otro apartamento es un poco más amplio y tiene una vista espléndida, solo que sube un poquito el precio.

Y Carlos advirtió en ella una expresión de regocijo y de infinita satisfacción. Sonrisa socarrona.

Volvió a aparecer en su boca la sequedad que la coca-cola le había amortiguado. No se atrevió a pedirle un vaso de agua. La señora continuó con la sonrisa cargada. Bebería cuando llegase a la obra. Tenía que subir, nada de tomarse el resto de la tarde libre.

La inquietud suscitada por la llamada del encargado no la había abandonado. Marcó su número.